GILLES MÉNAGE

Historia de las mujeres filósofas



Herder

HISTORIA
DE LAS MUJERES FILÓSOFAS

GILLES MÉNAGE

HISTORIA DE LAS MUJERES FILÓSOFAS

Traducción de
Mercè Otero Vidal

Introducción y notas de
Rosa Rius Gatell

Herder

Título original: Historia mulierum philosopharum
Traducción: Mercè Otero Vidal
Diseño de la cubierta: Michel Tofahrn

ISBN: 978-84-254-2581-3

Imprenta: Liberdúplex
Depósito legal: B - 14.378 - 2009
Printed in Spain – Impreso en España

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

Introducción

Las filósofas de Gilles Ménage*

Rosa Rius Gatell

Pues la filosofía hay que
degustarla y no devorarla
Gilles Ménage

A finales del siglo XVII se publicaba por primera vez un libro titulado *Historia mulierum philosopharum* (Lyon, 1690). La obra se debía a Gilles Ménage (1613-1692), latinista y gramático de fama. Y también poeta, «menor», se apresura a señalar la crítica. Un autor a quien alguien tan poco proclive al elogio como Pierre Bayle definía en su *Dictionnaire historique et critique* como «un des plus savans hommes de son temps, & le Varron du XVII Siécle». En 1692, apenas dos años después de la primera, aparecía una segunda edición de la *Historia*. El libro iba dedicado a Anne Lefebvre (o Le Fèvre) Dacier (1647?-1720), «la más sabia de las mujeres actuales y del pasado»,[1] intelectual francesa, editora y traductora de numerosos clásicos griegos y latinos. De ella escribió Voltaire:

* Este escrito ha contado con «el arte» de la conversación mantenida con Ramón Andrés y Fina Birulés.

1. *Infra*, pág. 46.

«Madame Dacier es uno de los prodigios del siglo de Luis XIV».

¿Una historia de las filósofas escrita en el siglo XVII? ¿Dónde se han conservado sus nombres, sus obras o fragmentos, su pensamiento? A raíz de la traducción en francés del texto de Ménage, Umberto Eco decía haber hojeado por lo menos tres enciclopedias filosóficas actuales sin encontrar citadas (exceptuando a Hipatia) a ninguna de las pensadoras recogidas en la *Histoire des femmes philosophes*.[2] Concluía el autor italiano: «No es que no hayan existido mujeres que filosofaran. Es que los filósofos han preferido olvidarlas, tal vez después de haberse apropiado de sus ideas».[3]

¿Quiénes eran las filósofas evocadas por Ménage? ¿De dónde procedían y dónde cabía adscribirlas? «He encontrado sesenta y cinco filósofas en los libros de los antiguos»,[4] leemos en el breve prefacio. Sesenta y cinco autoras[5] nombra-

2. Gilles Ménage, *Histoire des femmes philosophes*, París, Arléa, 2003.

3. Umberto Eco, «Filosofare al femminile», La bustina di Minerva, en el semanario *L'espresso*, 8/09/2008 <http://espresso.repubblica.it/dettaglio-archivio/369593>.

4. *Infra*, págs. 45s.

5. En realidad cita algunas más. Como señala Beatrice H. Zedler, quizá Ménage tuvo en cuenta la posibilidad de que una filósofa podía presentarse bajo diferentes categorías o incluso bajo distintos nombres. Véase Beatrice H. Zedler, «Introduction», Gilles Ménage, *The history of women philosophers*, Lanham – Nueva York – Londres, University

das por escritores e historiadores, no sólo antiguos, en contra de lo que afirma Ménage. ¿Nos hallamos, pues, ante una primerísima historia de las filósofas de la Antigüedad? No exactamente. Ménage compuso la obra como una especie de diccionario de filosofía en el que, con entradas de desigual extensión, indicaba quiénes eran las allí reunidas, así como las fuentes, sobre todo antiguas, en las que aparecen mencionadas. La poca referencia a su pensamiento —algo que suele reprochársele a nuestro autor— podría hacernos pensar que el resultado de la lectura del texto es en cierto modo decepcionante. Pero la obra debe ser leída atendiendo a su propósito, a su naturaleza. No creo que decepcionara en el momento *histórico* en el que vio la luz, sobre todo entre un amplio círculo de las personas que la leyeron o comentaron. No pretendo con ello salvar a Gilles Ménage como historiador. Este libro no es, ciertamente, una «historia de la filosofía» desde una

---

Press of America, 1984, págs. XIX y XXVI. Zedler tradujo el texto de Ménage acompañándolo de una rigurosa introducción, así como de notas y apéndices de gran valor. Desafortunadamente, este volumen no está disponible en casi ninguna de las bibliotecas españolas. Deseo aprovechar esta nota para agradecer al profesor Jesús María García González de la Universidad de Granada su generosidad al prestarse a facilitarme una copia. Aunque finalmente llegó antes un ejemplar de Estados Unidos, que se retrasaba, su gesto merece todo mi reconocimiento.

óptica moderna.[6] Para avanzar en este sentido, sería oportuno preguntarse a quién iba destinada esa *Historia* y cuál fue el propósito de su redacción. Sobre este punto pueden resultar de ayuda algunos elementos contextualizadores.

¿Quién fue Gilles Ménage? Alguien que se ocupó en profundidad de la lengua francesa; el creador del *Dictionnaire étymologique ou Origines de la langue françoise*. Es lo que comúnmente se sabe de él, autoridad distinguida por ser «Doctor» en griego y latín, y gran conocedor de la lengua italiana. Se acepta habitualmente que Molière lo caricaturizó e inmortalizó bajo los rasgos del pedante Vadius en *Las mujeres sabias* (1672, acto III, escena III). Los trabajos en el terreno filológico se consideran sus principales contribuciones. Éstos incluyen, además del *Dictionnaire étymologique* (París, 1650 y 1694), *Le origini della lingua italiana* (París, 1669) y *Observations sur la langue françoise* (París, 1672). Autor polémico y polemista, los estudios sobre su obra nos trasladan los numerosos reconocimientos de que fue objeto, pero también las descalificaciones de sus contemporáneos. Sin medir ahora la fuerza de sus defensores o de sus detractores, no puede negársele el papel que ocupa en la historia de la lingüística. Sin

6. Véase al respecto Carlos García Gual, «Introducción», en: Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, Madrid, Alianza, 2007, traducción, introducción y notas de Carlos García Gual, pág. 9.

embargo, sin desatenderla, no es ésta la vertiente del autor que deseo subrayar aquí.

¿Quién fue, entonces, el Gilles Ménage capaz de responder algunos de los interrogantes antes planteados? Tal vez pueda hacerlo ese autor que estimó a las autoras de su tiempo y *reconoció* su saber. Alguien que, al principio del prefacio de su *Historia*, no ponía en duda el hecho de que: «También ha habido algunas [mujeres] que se han aplicado a [...] la filosofía».[7] Alguien, en definitiva, poseedor de los suficientes conocimientos de filología clásica que le permitieran recorrer con firmeza los textos griegos y latinos para certificar que siempre había sido así.

Gilles Ménage, cuyo nombre latinizado responde al de Aegidius Menagius, nació en Angers el 15 de agosto de 1613, y falleció en París el 23 de julio de 1692. Su madre, Guyonne Ayrault, era hermana del juez Pierre Ayrault. Su padre, Guillaume Ménage, era abogado del rey. Al parecer, desde su infancia mostró una verdadera pasión por la lectura y destacó por su extraordinaria memoria. En Angers estudió humanidades, filosofía y derecho bajo la guía de su padre. Continuó los estudios en París, ciudad a la que regresó años más tarde tras una estancia en Poitiers y, de nuevo, Angers. De personalidad controvertida, desempeñó primero la abogacía para acoger, después, la carrera ecle-

7. *Infra*, pág. 45.

siástica, sin ordenarse. Vivió en la casa de Jean-François Paul Gondi, cardenal de Retz, hasta 1652, año en el que se mudó a unas dependencias situadas en el claustro de Notre-Dame.

Sabemos que frecuentó el círculo del palacio de Rambouillet, el célebre salón parisino creado por Catherine de Vivonne (1588-1665), marquesa de Rambouillet, y que acudió asiduamente al salón literario de Madeleine de Scudéry, más conocida como Mademoiselle de Scudéry (1607-1701). De momento dejaré sólo mencionadas aquí a la señora de Rambouillet y a Mademoiselle de Scudéry, pues habrá que volver a ellas. Ménage también fue recibido en el restringido salón de Madeleine de Souvré, marquesa de Sablé (1598?-1678), en el que sobre todo se debatían cuestiones teológicas. Asimismo, entabló amistad con la duquesa de Longueville (1619-1679) y fundó su propio salón literario en las habitaciones de Notre-Dame, donde celebró sus reuniones los miércoles, de ahí el nombre que recibieron, las *mercuriales*.

Desde muy pronto, la vida de Ménage aparece constelada de mujeres notables. Aunque las escasas informaciones disponibles presentan contornos variables, e incluso contradictorios, sobre los vínculos establecidos, destacaré brevemente a algunas de ellas. Sin atender un orden cronológico, comenzaré por dos grandes escritoras, dos amigas fundamentales en Ménage para lo que pretendo

mostrar aquí: Madame de Sévigné (Marie de Rabutin-Chantal, 1626-1696) y Madame de La Fayette (Marie-Madeleine Pioche de la Vergne, 1634-1693). Él fue «preceptor» de ambas, una circunstancia que debió permitirle contemplar desde un lugar privilegiado la evolución y la exposición del saber de aquéllas. Madame de Sévigné y Madame de La Fayette se conocieron en 1651 y su amistad continuó el resto de sus días. Las dos eran ricas herederas y recibieron una educación «no formal», pues la educación «formal» desde el punto de vista académico estaba reservada a los varones. Sin embargo, su formación y pasión por el conocimiento las impulsó hacia un saber superior al de la mayoría de las mujeres de su condición social.

Madame de Sévigné estudió italiano, lo cual le permitió abordar, por ejemplo, la lectura de Tasso en su lengua original. Lectora de Virgilio, san Agustín, Montaigne y Pascal, sentía una debilidad especial por los autores latinos. Tácito y Quintiliano destacan entre sus lecturas. También los moralistas, aquellos que hablan de la vida y preparan para la muerte. Fue, sobre todo, una fecunda escritora epistolar. Sus cartas describen, como pocas veces se ha hecho, el clima moral y espiritual de su época, al tiempo que nos transmiten su intenso gusto por la vida y la pertinaz defensa de la libertad, junto a lo cual es perceptible un extraordinario mosaico afectivo hacia los suyos (cabe recordar, en especial, las cartas a Françoise-Marguerite, en

las que expresa una gran pasión: el amor por su hija) y su admiración por la naturaleza. Entre los más señalados destinatarios de sus epístolas destacan La Rochefoucauld y Madame de La Fayette. Acogida en las mejores sociedades de su época, no tenía la costumbre de recibir en su propia casa. Fue admitida en la *chambre bleue* —a la que me referiré— justo a tiempo para admirar su postrero esplendor. Con Ménage entabló una intensa amistad intelectual. Fruto de este vínculo, el abate le dedicó en 1652 un poema de aproximadamente doscientos versos, *Le Pêcheur ou Alexis. Idylle à Madame la marquise de Sévigné*, en el que leemos:

> De las obras del cielo la obra más perfecta,
> adorno de la Corte, maravilla de nuestra época,
> amable Sévigné cuyos poderosos encantos
> cautivan la razón y dominan los sentidos,
> pero cuya virtud, pintada en el rostro,
> imprime respeto y temor a los más atrevidos…[8]

¿Y en cuanto a Madame de La Fayette? Siendo muy joven, y por motivos familiares, ésta se vio obligada a dejar París (entre 1653 y 1659). Se for-

8. Cito por la traducción de Laura Freixas en: Madame de Sévigné, *Cartas a la hija*, Barcelona, El Aleph, 2007, pág. 216. Me remito al trabajo de Freixas en esta edición, en la que, además de seleccionar y traducir las cartas, ha añadido una introducción, una cronología y numerosos textos explicativos muy valiosos.

mó entonces en soledad, leyendo y escribiendo; y confiando en los consejos epistolares del abate, con quien había iniciado su amistad antes de abandonar la capital. El matrimonio de Marie-Madeleine con el conde de La Fayette, lejos de interrumpir la relación epistolar, le confirió el carácter canónico de amistad galante. Gracias a ella siguió desde lejos las novedades de la vida parisina en los años posteriores a la Fronda,[9] novedades que con frecuencia iban acompañadas del envío de libros. Estudió italiano y latín por sugerencia de su preceptor. Leyó a los autores latinos (Horacio y Virgilio entre ellos) y a Pascal. Y en su escritura siguió un método de trabajo muy influido por su relación con Ménage. Para ella, y pese a lo comentado, la tarea de escribir nunca sería una aventura solitaria; se había acostumbrado a recurrir a los consejos de su tutor y a enfrentarse a su juicio, y así, incluso después del ocaso de su amistad, se mantuvo fiel a este método y sometió sus escritos a un minucioso trabajo de asesoramiento y revisión. Como señala Benedetta Craveri: «todas sus obras, de *La Princesse de Montpensier* a *Zaïde* y a *La Princesse de Clèves*, nacerán de una relación de colaboración e intercambio».[10]

9. La serie de movimientos insurreccionales conocidos como La Fronda abarca de 1648 a 1653.

10. Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, trad. cast. César Palma, Madrid, Siruela, 2004 (1.ª ed. 2003), pág. 256. Este libro cuenta con una muy útil bibliografía comentada distribuida por capítulos, así como con una anotación minu-

En momentos en que la relación entre Madame de La Fayette y Ménage atravesaba una crisis aguda, el mentor siguió desempeñando su función. Y Madame de La Fayette le escribió mencionando a «nuestra princesa», en referencia a *La Princesse de Montpensier*, como muestra de gratitud por la ayuda recibida.[11]

El hecho de que Ménage dedicara varios poemas a sus amigas ha generado distintas interpretaciones, no siempre amables, acerca de su relación. Desconozco si sus versos amorosos siguen exclusivamente la moda de entonces o si, en algún caso, responden a una inclinación íntima. No creo que el análisis de sus homenajes o suspiros en griego, latín o francés puedan darnos una clave única de la relación entre el autor y sus destinatarias. Sí me parece verdaderamente relevante que, al conocerlas, *reconociera*, como ya he dicho, su saber, un saber estrechamente vinculado a la «cultura de la conversación», aquella revolución generada a raíz del particular fenómeno cultural de los «salones». En concreto, e inicialmente, a partir del espacio creado por Madame de Rambouillet. No me detendré aquí —como bien lo merecería este asunto— en la tradición de los salones; recorda-

---

ciosa, orientadas a ofrecer guías extraordinariamente claras para proseguir el estudio de los distintos temas y personajes.

11. *Ibid.*, pág. 259. Carta de Madame de La Fayette a Ménage, finales de agosto de 1662.

ré, no obstante, el incontestable protagonismo intelectual que las mujeres desempeñaron en dicha tradición, en la que tanto Madame de Sévigné como Madame de La Fayette participaron tan activamente, y en no menor medida en que, por supuesto, lo hizo Gilles Ménage.

Sin embargo, deseo referirme ahora en particular a la paradigmática *chambre bleue* o habitación azul del *hôtel* parisino de Rambouillet. No puede establecerse con exactitud la época en que abrió sus puertas el salón de Rambouillet,[12] aunque suele aceptarse una fecha, la de 1618, que cobra un carácter inaugural. En dicho año dieron comienzo en el palacete las obras de reestructuración orientadas a construir un espacio bello, luminoso y armonioso; su objetivo era procurar una sensación de confortable intimidad que propiciase la conversación. Para ello, la principal de la casa debió recurrir a su propio diseño. Una tarde, descontenta con todos los proyectos que le fueron presentados, tras reflexionar largamente, gritó: «“¡Rápido, traedme papel! He descubierto la manera de hacer lo que quiero.” Y sin más trazó un plano, porque naturalmente sabía dibujar».[13] Y ese plano se siguió

12. *Ibid.*, págs. 52-70.

13. Gédéon Tallemant des Réaux, *Historiettes*, ed. de Antoine Adam, 2 vols., París, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade), 1960, vol. I, pág. 443. Tallemant compuso una vasta colección de anécdotas, las *Historiettes*, publicadas póstumamente, que constituyen un excelente testimonio de la vida

punto por punto, relataba Tallemant des Réaux (1619-1690/1692), cuyas *Historiettes*, deseo recordar, representan un valioso documento para formarse una imagen próxima a la realidad, evitando así un relato absurdamente hagiográfico[14] sobre el salón de Rambouillet y su *cercle*.

Concebido casi como un refugio —y a la vez como un *locus amoenus*—, la señora de Rambouillet, apasionada de las artes, la literatura y la historia, y conocedora de distintas lenguas, utilizó su imaginación para crear un mundo aparte. Bajo la dirección de Arthénice (anagrama de Catherine de Vivonne) se reunían mujeres y hombres para conversar, leer, disertar, componer versos; también para comentar textos recién publicados o incluso los que estaban a punto de ir a la imprenta, lo cual permitía que pudieran discutirse antes de adquirir su forma definitiva.[15] Los temas recurrentes eran la lengua, las costumbres, los sentimientos, la razón y los afectos. Y la amistad en todos sus matices. En aquel lugar: «La actividad principal era la conversación entendida como instrumento de relación social y como la manera más idónea para enseñar y aprender la "cortesía" en su significado moral

---

en Francia durante los primeros sesenta años del siglo XVII.

14. En este sentido, véase la biografía de Ménage en: Gédéon Tallemant des Réaux, *Historiettes*, *op. cit.*, vol. II, págs. 319-336.

15. Tal fue el caso, valga como ejemplo, de las *Máximas* de La Rochefoucauld.

(como conjunto de virtudes) además de mundano».[16] Eran pocas las personas que podían acceder a aquel universo, y para entrar en él había que someterse, por así decir, a una suerte de iniciación. Madame de Rambouillet defendió siempre su libertad privada, el derecho de vivir en su intimidad según su antojo. Y de compartirla con quien quisiera: en el *hôtel* se escogía o, mejor dicho, se reconocía. Ménage fue uno de ellos. Según señala Benedetta Craveri: «Corresponde [...] a la marquesa de Rambouillet el honor [...] de haber presidido, durante más de cuarenta años, el primer centro mundano del siglo XVII. Repetida libro tras libro, esta afirmación se ha convertido en un axioma».[17] El salón de la señora de Rambouillet, mantenido junto con su hija Julie d'Angennes (1605?-1671), no fue el primero en sentido estricto, pero el suyo fue tomado como ejemplo en toda Francia durante el siglo XVII y asimismo en los salones dieciochescos de las «filósofas».[18]

16. Véase Giulio de Martino y Marina Bruzzese, *Las filósofas*, trad. cast. Mónica Poole, Madrid, Cátedra, 1994, págs. 146-147.

17. Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, *op. cit.*, págs. 22-23. Sobre la «cultura del salón», véase asimismo Verena von der Heyden-Rynsch, *Los salones europeos: las cimas de una cultura femenina desaparecida*, trad. cast. José Luis Gil Aristu, Barcelona, Península, 1998.

18. Giulio de Martino y Marina Bruzzese, *Las filósofas*, *op. cit.*, pág. 147.

Ménage frecuentó asiduamente —como lo había hecho durante las décadas anteriores— los salones que proliferaron después, en el período que siguió a la Fronda, los cuales estuvieron guiados en su mayoría por mujeres. Ése es un mundo que vivió de cerca y que le proporcionó testimonios directos de un espacio de transformación creado, mantenido y desarrollado por mujeres, un espacio en el que, como he indicado, la conversación se manifestó como un principio —un eje civilizador— y se constituyó en «lugar de formación del pensamiento».[19]

Fue en aquellos años, en el meridiano del siglo XVII, cuando aparecieron numerosas obras dedicadas a elogiar a las mujeres, algo que podría responder a un parcial cambio de actitud por parte de un sector de la cultura masculina, y que ya, en cierto modo, se había producido en distintos momentos de los siglos XV y XVI, en relación con el debate conocido como la *querelle des femmes*. Así, por ejemplo, en 1645 vio la luz *La femme heroique* de Jacques du Bosc; en 1646, *Le triomphe des dames* de François du Soucy, sieur de Gerzan, y en 1663, *Le cercle des femmes sçavantes* de Jean de La Forge. En 1673, el cartesiano François Poulain de la Barre publicaba el tratado *De l'égalité*

19. Véase Chiara Zamboni, «Prefazione», en: Gilles Ménage, *Storia delle donne filosofe*, Verona, Ombre Corte, 2005, traducción y notas de Alessia Parolotto, pág. 13. Las notas con que se ha dotado la traducción son de gran utilidad.

des deux sexes, libro que, en palabras de su autor, sólo fue recibido con entusiasmo por las *preciosas*.[20] ¿Se insertaría en aquel contexto la *Historia* de Ménage?

Antes de continuar, me detendré, sin embargo, en el término «preciosa», un concepto que no había introducido todavía. Y eso que, remitiéndonos a lo testimonial de los escritos, las mujeres que he ido destacando o a las que he aludido hasta aquí (y a las que vincularé a las preguntas: «a quién iba destinada [la *Historia mulierum philosopharum*]» y «cuál fue su propósito [de Ménage] al redactarla») han sido consideradas «preciosas» por un amplio sector de estudios. Pero ¿quiénes eran realmente las preciosas? ¿Eran «ridículas», como transmiten algunos textos del abate de Pure, Boileau o Molière? Para abordar esta cuestión pensé en recurrir de nuevo a una amiga de Ménage, Mademoiselle de Scudéry, presentada a menudo como «la soberana de las preciosas».

Me he preguntado quiénes eran, y temo no poder responder, por lo menos con facilidad. Numerosos estudios se refieren a Mademoiselle de Scudéry como la autora que, hacia 1650, habría

20. Véase Celia Amorós, *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Madrid, Cátedra, 1997; en particular, págs. 142-150. Véase asimismo *Obras feministas de François Poulain de la Barre (1647-1723)*, 4 vols., edición crítica de Daniel Cazés Menache con la colaboración de María Haydée García Bravo, México, UNAM, 2007.

lanzado «la moda» de las preciosas: antes, por lo tanto, no habrían existido. Sin embargo, ella nunca se define como tal ni emplea el adjetivo sustantivado de «preciosa» para alabar a otra mujer. Otros estudios afirman que las así llamadas se difundieron por toda Europa desde la primera mitad del siglo XVII. Otros, en cambio, conceden a Madame de Rambouillet el haber iniciado el movimiento en su salón y prácticamente las indentifican con las *salonnières*. Otros aún, y no son los últimos, se plantean si existieron realmente, o si no responden más que a un mito ambiguo, a una invención literaria. Ante posiciones tan dispares no es difícil concluir que el caso de las preciosas es uno de los más intrincados de la literatura del siglo XVII.[21] Lo que se sabe con seguridad es que, a partir de la década de 1640, un número notable de mujeres cultas ocupó un lugar principal en la vida mundana parisina. A cada una se le aplicaba el calificativo «preciosa» en singular, que carecía de cualquier connotación negativa. Solían frecuentar los mismos lugares, compartían intereses intelectuales, *conversaban*, y a menudo estaban

21. Como señala Craveri: «No será inútil detenerse en el deslizamiento del término "preciosa" del adjetivo al sustantivo, del singular al plural, tras el cual la palabra deja de designar a una personalidad de relieve para referirse a una tipología; pierde toda connotación lisonjera y se convierte [...] en sospechosa». Véase Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, *op. cit.*, pág. 205. Afortunadamente, Myriam

estrechamente vinculadas entre sí. Muchas de ellas fueron las mujeres con las que Ménage dialogó, y a quienes reconoció «su inteligencia y sus conocimientos», su pensamiento y su acción. Mademoiselle de Scudéry se cuenta entre dichas damas de mérito incontestable.

Dejando aparte algunas críticas feroces, por ejemplo las de Boileau, Mademoiselle de Scudéry fue muy estimada por sus contemporáneos. Nunca contrajo matrimonio[22] y reivindicó firmemente el derecho de las mujeres a cultivarse y a escribir. Tuvo el mérito de crearse un espacio en la sociedad literaria de su tiempo, no sólo gracias a su extensa obra sino también por haber impulsado la iniciativa del salón que animó a partir de 1657, y que fue conocido como «los sábados de Safo»,

---

Dufour-Maître ha ofrecido con gran rigor una perspectiva crítica de la cuestión. Véase Myriam Dufour-Maître, *Les Précieuses, Naissance des femmes de lettres en France au* XVII^{e} *siècle*, París, Honoré Champion, 2008 (1.ª ed. 1999).

22. Se mantuvo siempre soltera en coherencia con Safo, la heroína de una de sus novelas, para quien la institución del matrimonio era una tiranía. En este sentido, deseo señalar que en las biografías de las mujeres relacionadas con el ambiente de los salones se suele leer: «se casó el año X con…». En la mayoría de los casos, al calcular su edad, resulta que muchas de aquellas mujeres no «se casaron» sino que «las casaron», siendo niñas, con hombres que a menudo y como mínimo tenían veinte años más que ellas. Catherine de Vivonne, la marquesa de Rambouillet, tenía doce años cuando «contrajo» matrimonio.

pseudónimo de su anfitriona. Fue, asimismo, autora de voluminosas novelas, publicadas al principio bajo el nombre de su hermano Georges. Aunque desprovistas de toda semblanza histórica, en ellas eran fácilmente reconocibles numerosos personajes de la época. Recordaré sólo dos títulos, *Artamène ou le Grand Cyrus*[23] (1649-1653), la novela más extensa de la literatura francesa (10 volúmenes), y *Clélie, histoire romaine* (1654-1660), en la que incluyó la célebre *Carte de Tendre*. Este mapa, auténtica cartografía sentimental, ilustra los distintos itinerarios que deben seguirse para alcanzar un sentimiento de ternura amorosa a partir de una nueva amistad. Como señala Chiara Zamboni, tanto en la descripción del mapa como en otros escritos debidos a mujeres del mismo contexto se advierte la búsqueda constante de una razón capaz de conjugarse con el sentimiento, «evitando los escollos de una pasión arrebatadora».[24] Aunque ello no siempre se consigue —y lo sabían—, no era razón suficiente para dejar de manifestarlo. Las pasiones no son un atentado a la razón. ¿Por qué no armonizar ambos planos?

23. En *Las preciosas ridículas*, estrenada en 1659, Molière ponía en boca de la sirvienta Marotte las siguientes palabras: «¡Diantre! No entiendo latín y no he aprendido como vos la filosofía en el Gran Ciro» (escena VI).

24. Véase Chiara Zamboni, «Prefazione», en: Gilles Ménage, *Storia delle donne filosofe*, *op. cit.*, pág. 11.

¿Cómo recibía Ménage estas propuestas y lo que ellas suponían? La respuesta la dan sus propios escritos y el reconocimiento a la autoridad de dichas mujeres. Lector y comentador de *Clélie*,[25] el abate se dirigía de este modo a su autora: «admiro la vivacidad de vuestra imaginación, la solidez de vuestros juicios [...], el número infinito de extraordinarios conocimientos que poseéis de modo tan eminente».[26] Y en una nota en la que se recoge la petición de ingreso de algunas *savantes* a la Académie Française leemos:

> Hace poco fueron nominadas en la Académie varias mujeres (Mademoiselle de Scudéry, Madame Deshouilères,[27] Madame Dacier y varias más)

25. Entre los libros que Ménage enviaba a Madame de La Fayette, cuando ésta vivía alejada de París, se cuentan los últimos y muy esperados volúmenes de *Clélie*.

26. «Ménage à Mademoiselle de Scudéry, 1658.» Véase la carta, digitalizada por la Biblioteca de la Universidad de Minnesota, 14/09/2008 <erc.lib.umn.edu/dynaweb/french/ScudLett/@Generic__BookTextView/2853>.

27. Antoinette du Ligier de La Garde (1637?-1694), poeta y filósofa epicúrea defensora del naturalismo filosófico. Estudiosa de Lucrecio y Gassendi, aprendió latín, italiano y español. Véase John J. Conley, *The suspicion of virtue: women philosophers in neoclassical France*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2002, págs. 45-74. La casaron a los trece años con el señor Deshoulières. En 1658 abrió un salón en su modesto apartamento de París, al que acudió Ménage.

que, ilustres por su inteligencia y sus conocimientos, son perfectamente capaces de enriquecer nuestra lengua con hermosas obras, y que ya han producido algunas maravillosas. Monsieur Charpentier apoyó esta propuesta con el ejemplo de las academias de Padua, donde se admite a mujeres eruditas. Mi tratado *Mulierum philosopharum* ofrece [a los participantes en este debate] ejemplos antiguos de distinciones concedidas a mujeres eruditas. No obstante, la propuesta no obtuvo ningún resultado.[28]

28. *Supplément manuscrit au Menagiana*, ed. Pierre Le Gouz, Bibliothèque Nationale, MF 23254, núm. 184; reimpreso en P. L. Joly, *Remarques critiques sur le dictionnaire de Bayle*, París, 1752, vol. 2, pág. 605. Citado por Londa L. Schiebinger, *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia*, Madrid, Cátedra, 2004, pág. 41. Ménage, por su parte, y por razones no suficientemente aclaradas, nunca ingresó en la Académie Française. Fue admitido, en cambio, en la florentina Accademia della Crusca. Sobre las peripecias de la no-candidatura de Ménage a la Académie, véase Isabelle Leroy-Turcan, «Gilles Ménage et l'Académie Française», en: *Gilles Ménage (1613-1692), grammairien et lexicographe: Le rayonnement de son oeuvre linguistique,* Actes du colloque international tenu à l'occasion du tricentenaire du *Dictionnaire étymologique ou Origines de la langue françoise* (1694), Université Jean Moulin Lyon III, 17-19 de marzo de 1994. Edición impresa, Lyon, Siehlda, 1995; edición electrónica, 12/09/2008 <http://www.chass.utoronto.ca/~wulfric/siehlda/actesmen/leroyturcan1_tab.htm>.

Estas líneas ofrecen en parte la respuesta a la primera de las preguntas planteadas al principio y que me he propuesto contestar a lo largo de estas páginas. Gilles Ménage escribió la *Historia mulierum philosopharum* principalmente en honor a sus amigas. Queda, no obstante, alguna incógnita acerca de por qué lo hizo en latín. Según Chiara Zamboni,[29] el hecho de que escribiera el libro en la lengua de los eruditos puede tener que ver con la intención de dirigirse a otros intelectuales, con el objeto de atraer su atención hacia las pensadoras del pasado para refutar, ya de modo concluyente, la extendida y persistente opinión de que nunca había habido filósofas (o, en su caso, muy pocas). Creo que este objetivo, y con ello atiendo a la segunda pregunta («cuál fue su propósito al redactarla»), se desdobla. Por un lado, los estudiosos tenían que saber que ya en la Antigüedad hubo pensadoras. Ménage, recordemos, encontró «sesenta y cinco». Bastaba *mirar* hacia el pasado. Únicamente no se las encontraba en los lugares en los que todavía no se había buscado.[30] Por otro lado, tenían que saberlo las propias mujeres que en aquellos precisos momen-

29. Véase Chiara Zamboni, «Prefazione», en: Gilles Ménage, *Storia delle donne filosofe*, *op. cit.*, pág. 13.

30. Tomo prestada la idea de Karen Petersen y J. J. Wilson para «explicar» la ausencia de mujeres artistas a lo largo de la historia. Véase Karen Petersen y J. J. Wilson, *Women artists: recognition and reappraisal from the early Middle Ages to the twentieth century*, Londres, The Women's Press, 1978.

tos estaban construyendo pensamiento. Su actuación demostraba que no eran las primeras; tampoco constituían esa «excepción» a menudo tan incómoda que nos presentan determinados textos encomiásticos. ¿Podrían leer ellas directamente en latín? No todas. Madame Dacier y Madame Deshoulières sí, por supuesto. Madame de La Fayette probablemente, con ayuda. ¿Madame de Sévigné? Al parecer tenía nociones. ¿Y las demás?... Cabe no olvidar que, aparte de la propia lectura había otro modo, e importante, de acceder al contenido del texto, esto es, aquel que conformaba, precisamente, su relación. Antes y después de su publicación, las mujeres interesadas en saber de sus antecesoras —de las pensadoras que las habían precedido— podrían hacerlo no necesariamente leyendo. Introduzco el «antes» para recordar que la «cultura de la conversación» procuraba los elementos necesarios para que ese acceso fuera posible. De haber sido así, no sabemos cuánto antes; tenemos la fecha de cuándo se publicó el libro por primera vez, no de cuándo comenzó a gestarse ni a transmitirse. Fuese cuando fuese, en vista de cumplir su objetivo, Ménage orientó su mirada hacia el pasado.

Como leemos en su prefacio: «Sabemos que el estoico Apolonio escribió un curioso libro sobre estas mujeres», y que «el gramático Filocoro escribió concretamente sobre las pitagóricas»;[31]

31. *Infra*, pág. 45.

seguirán Platón, Plutarco, Juvenal, Clemente de Alejandría, Diógenes Laercio, Lactancio, Focio y Suidas (o Suda),[32] entre otros. Se sirvió de sus conocimientos de griego y latín para encontrar en las fuentes, los léxicos y las *bibliotecas* «las mujeres [que] cultivaban la filosofía».[33] Una vez descubiertas, ofreció a su época lo que había encontrado. Luego, al publicar los resultados de su indagación, en 1690[34] y 1692,[35] esto es, cuando

32. Se siguen aceptando las dos formas de este léxico bizantino del siglo x. Suidas si se considera que se trata del nombre del autor; Suda si se cree que es una enciclopedia, en femenino. Antonio Ruiz de Elvira trata bien el problema del doble título en su artículo «Suidas, y no “la Suda”», *Myrtia* 12 (1997), págs. 5-8.

33. *Infra*, pág. 45.

34. *Historia Mulierum Philosopharum*, Ludguni, Apud Anissonios, Joan. Posuel, & Claudium Rigaud, 1690.

35. La segunda edición se imprimió en Amsterdam como suplemento a una edición de Diógenes Laercio: *Diogenis Laertii de Vitis, Dogmatibus et Apophthegmatibus Clarorum Philosophorum Libri X. Graece et Latine. Cum subjunctis integris Annotationibus Is. Casauboni, Th. Aldobrandini & Mer. Casauboni. Latinam Ambrosii Versionem complevit & emendavit Marcus Meibomius. Seorsum excusas Aeg. Menagii in Diogenem Observationes auctiores habet Volumen II. Ut & Ejusdem Syntagma de Mulieribus Philosophis; Et Joachim Kühnii ad Diogenem Notas*, Amstelaedami: Apud Henricum Wetstenium, 1692. El volumen II contenía *In Diogenem Laertium observationes et emendationes* y la *Historia mulierum philosopharum*, ambas de Ménage.

contaba casi ochenta años, proyectó su descubrimiento hacia el futuro. De esta manera, Mary Ellen Waithe, que editó en 1987 *A history of women philosophers*, describe en la introducción su encuentro con la obra de Ménage (la primera referencia la señala en octubre de 1980) como una de las principales fuentes de inspiración para la creación de la historia de las filósofas de la que es editora.[36] En 1984, Beatrice H. Zedler, en su edición inglesa del texto, señalaba que la identificación de las filósofas allí citadas, así como las fuentes de información sobre ellas, podía servir de punto de partida para reconstruir el pensamiento filosófico femenino de la Antigüedad.[37]

¿Pero de qué naturaleza es esa *Historia* que ambas autoras presentan como un modelo inspirador o como un punto de partida? ¿Cuál es su contenido y su forma? Casi al comienzo he apuntado ya alguna de las censuras al estilo menagiano de historiar. Curiosamente —o no tan curiosamente— son muy parecidas a las que de antiguo ha recibido alguien tan decisivo para Ménage como Diógenes Laercio, basadas, según recuerda Carlos García Gual,

36. Mary Ellen Waithe, «Introduction», en: *id.* (ed.), *A history of women philosophers*, vol. I: *Ancient women philosophers: 600 BC – 500 AD*, Dordrecht – Boston – Lancaster, Martinus Nijhoff, 1987, págs. IX-X.

37. Véase Beatrice H. Zedler, «Introduction», en: Gilles Ménage, *The history of women philosophers*, *op. cit.*, pág. XX.

> en ciertos prejuicios modernos acerca de cómo *debería escribirse* una buena historia filosófica. No en vano fue Hegel uno de los lectores más despectivos de nuestro autor [Laercio], al que trató de «amontonador de opiniones varias» y «chismorreador superficial y fastidioso» [...]. Se le viene a reprochar al buen Diógenes Laercio que no compusiera su historia atendiendo más a las ideas de fondo [...] y que, en cambio, gustara de demorarse en las citas de tantos nombres propios, en referencias bibliófilas de segunda y tercera manos [...] desatendiendo las ideas esenciales.[38]

Se reprueba que Laercio no compusiese una «Historia de la filosofía» en sentido moderno, y lo mismo sucede con Ménage. Es cierto, nos gustaría saber mucho más sobre qué pensaron las mujeres convocadas, algunas apenas mencionadas. Por otra parte, también es verdad que, debido a la escasez de información sobre las opiniones filosóficas de las pensadoras, en la mayoría de los casos no se puede más que sobrevolar su pensamiento.

La *Historia mulierum philosopharum* intenta seguir, en efecto, el modelo de Laercio en las *Vidas [y opiniones] de los filósofos ilustres*. Para Ménage, el autor griego era el «principal historiador de la filosofía»,[39] y no sólo lo admiraba sino que efec-

38. Carlos García Gual, «Introducción», en: Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, *op. cit.*, págs. 8-9.

39. Palabras de Ménage en la dedicatoria de 1663 de su escrito *In Diogenem Laertium observationes et emendationes*.

tuó un minucioso estudio de la obra laerciana para su trabajo *In Diogenem Laertium observationes et emendationes*. Por ello no debe sorprender que su método y su estilo sean claramente deudores de Laercio. Como éste, también Ménage acudía a numerosas fuentes para tomar prestadas de ellas los materiales que utilizaba en sus extractos y citas, conjugando todo lo que encontraba de la misma filósofa. El propio Ménage señala la similitud de su trabajo con el llevado a cabo por Laercio al afirmar que, al igual que este autor, dedica su obra a una mujer: «Y no se sorprenderán de que os dedique esta exposición de las vidas de las filósofas los que saben que Diógenes Laercio dedicó su obra sobre la vida de los filósofos a una mujer».[40] Según Beatrice H. Zedler, aunque Ménage es consciente de que Laercio no empezó su obra con una dedicatoria formal, considera como tal las alusiones a una «estudiosa de Platón», que aparecen en el texto sobre la vida del autor del *Fedro*.[41]

Aun a riesgo de cortar el ritmo de estas páginas, me permito abrir, aunque brevemente, un paréntesis para introducir a Anne Lefebvre Dacier. Hija del profesor de griego y humanidades Tanneguy Lefebvre, se casó en segundas nupcias con el «discípulo preferido» de su padre, André Dacier,

40. *Infra*, pág. 46.

41. Beatrice H. Zedler, «Introduction», en: Gilles Ménage, *The history of women philosophers*, *op. cit.*, pág. xv.

también filólogo. Anne participó en la disputa entre los antiguos y los modernos, y prestó su apoyo a los primeros. Tradujo al latín a Calímaco, mientras que Anacreonte, Safo, Plauto, Aristófanes, Terencio y Homero hablaron francés gracias a su mediación. Dedicó parte de su tiempo a las ediciones de la colección de clásicos griegos y latinos *Ad usum Delphini* (para uso del Delfín), destinados a la educación del hijo de Luis XIV. Esta experta en lenguas clásicas a quien, como hemos leído, Ménage consideró digna de ser admitida en los organismos del saber, ocupó un lugar privilegiado en la *Historia mulierum philosopharum* como «testimonio de la admiración» que suscitó en su autor. Amantísima «de la historia de la filosofía», merecía contarse, pues, entre las apasionadas de la sabiduría. Anne Lefebvre Dacier se sumaba así a aquella cadena engranada a la Antigüedad.

En el tratado se observa que su autor tuvo muy presente el género «mujeres ilustres», basado, de manera más o menos directa, en el *Mulierum virtutes* de Plutarco. Destacaré como ejemplos el *De claris mulieribus* (1361-1362) de Giovanni Boccaccio y *La cité des dames* (1404-1405) de Christine de Pizan, autora mencionada por Ménage. Durante el siglo XVI dicho género se amplió con la presencia de numerosos escritos que se adscribían tanto al tratado de Plutarco como a la contemporánea *querelle des femmes*, el movimiento intelectual impulsado por Christine de Pizan. En

este sentido, mencionaré sólo una obra debida a Lucrezia Marinelli (1571-1653), que fue impresa por primera vez en la Venecia de 1600 con el título *La nobiltà et l'eccellenza delle donne co' diffetti et mancamenti de gli huomini*.

Ménage agrupa a las filósofas en once categorías e inicia su descripción con aquellas de «escuela incierta». A continuación expone las escuelas platónica, académica,[42] dialéctica, cirenaica, megárica, cínica, peripatética, epicúrea y estoica; introduce, en último lugar, a las filósofas pitagóricas, contraviniendo un orden cronológico que por lógica reclamaría lo contrario. El texto no permite ver con demasiada claridad los criterios empleados por el autor para incorporar, o no, a una mujer. Con el objeto de intentar comprender este punto, Beatrice H. Zedler se planteó los siguientes interrogantes, que son a mi parecer una preciosa ayuda para abordar el tratado: ¿una mujer fue llamada filósofa, sabia o persona culta por algún escritor antiguo?; ¿tuvo vínculos familiares o fue amiga o discípula de un filósofo reconocido?; ¿llevó a cabo algún trabajo o participó en alguna actividad relacionada con la filosofía? Si por lo menos una o varias de estas cuestiones pudieran responderse afirmativamente, señala Zedler, la mujer podía ser una buena candidata para el catálogo de Ménage. En el primer caso, basta con que

42. Sobre la inclusión de las académicas, véase la nota 45.

su nombre constara en una lista de filósofos (como la relación de las pitagóricas que Jámblico ofrece en su *Vida pitagórica*). En el segundo, si había sido hija, esposa, hermana, cuñada, amiga o discípula de un hombre sabio o de un filósofo podía ser ella misma considerada como filósofa. En el tercero, se incluirían aquellas de las que constaba su participación en alguna actividad vinculada a la filosofía, como, por ejemplo, el que hubiera recibido una formación filosófica (así Eudocia), discutido sobre cuestiones de filosofía (como Julia Domna) o mostrado una especial destreza a la hora de argumentar filosóficamente (caso de Catalina de Alejandría). Así también, si se le atribuyera la autoría de algún escrito filosófico (como Arignota o Perictione), o hubiera enseñado filosofía (como Temistoclea, Diotima o Aspasia) o dirigido alguna escuela filosófica (como Hipatia o Teano).[43]

Diferentes son, pues, los motivos por los cuales las «sesenta y cinco» filósofas quedaron *grabadas* en este documento que constituye la *Historia mulierum philosopharum*, a la que, con la presente edición, ya podemos llamar *Historia de las mujeres filósofas*. Diferentes y desiguales, como desigual es la extensión dedicada a cada una de ellas sin que a veces comprendamos demasiado bien las razones de tal decisión. Así, por ejemplo, a Diotima, la

43. Beatrice H. Zedler, «Introduction», en: Gilles Ménage, *The history of women philosophers*, *op. cit.*, págs. XVII-XVIII.

mujer de Mantinea «que enseñó a Sócrates filosofía amatoria», se le asignan escasas líneas y no se hace referencia alguna al hecho de que fuera sacerdotisa. Probablemente porque, como observa Chiara Zamboni, Ménage no presta particular atención al nexo entre la filosofía y lo sagrado.[44] Se advierte, en cambio, un claro despuntar de la sabiduría en varias de las figuras presentadas. Ménage agregó filósofas a su lista hasta el final de su vida. Entre la primera edición (1690, cuando contaba setenta y siete años) y la segunda (1692) siguió en su busca. De hecho, los principales cambios de la segunda edición[45] tienen que ver precisamente con la suma de dos filósofas medievales, Eloísa (1101-1164) y Novella (siglo XIV), con las que cruza la frontera de la Antigüedad. A la segunda, la jurista Novella, el autor dice incluirla entre las filósofas «porque es lo que hace Ulpiano […] cuando llama "filósofos" a los jurisconsultos "que practican una verdadera y no simulada filosofía"».[46] Avanzamos

44. Chiara Zamboni, «Prefazione», en: Gilles Ménage, *Storia delle donne filosofe*, *op. cit.*, pág. 21.

45. Otro cambio significativo de la segunda edición es la introducción del apartado de las académicas, que no aparecía en la primera.

46. Ménage cita un fragmento de *La ciudad de las damas* de Christine de Pizan para referirse a Novella, si bien dice haber obtenido la información a partir de un libro de su amigo Claude Joly. Aprovecha la cita para referirse brevemente a Christine. Véase *infra*, pág. 74.

en el libro, y al terminar puede tenerse la sensación de no saber demasiado acerca del pensamiento de muchas de sus protagonistas, es cierto. Sin embargo, a partir de su lectura nos es dado conocer su existencia y tener noticias de las relaciones que establecieron con su tiempo; sabemos qué autores se refirieron a ellas como filósofas y en qué lugares lo hicieron. De este modo, *Historia de las mujeres filósofas* puede ser, como bien indicaba Beatrice H. Zedler, un excelente punto de partida para posteriores trabajos. Como así ha sido.[47]

47. Véanse, por ejemplo, la obra ya citada de Mary Ellen Waithe (ed.), *A History of Women Philosophers*, vol. I: *Ancient Women Philosophers: 600 BC – 500 AD* y los trabajos de Montserrat Jufresa, «Què és ser dona en la filosofia pitagòrica», en: Mercedes Vilanova (comp.), *Pensar las diferencias*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1994, págs. 85-93 y Mercedes Gutiérrez, Montserrat Jufresa, Cristina Mier y Félix Pardo, «Teano de Crotona», en: *Enrahonar* 26 (1996), págs. 95-108.

Advertencia

Con el fin de presentar la obra de Ménage de la forma más completa posible, la traducción del texto se ha basado en las ediciones de 1690 y 1692. La edición de 1692 amplía la anterior (como se ha dicho en la introducción, con la inclusión de Eloísa, Novella y el apartado de las académicas). La segunda edición aporta algunas modificaciones así como pequeñas correcciones. En los escasos lugares significativos en los que la edición de 1690 se separa de la de 1692, se ha señalado la variante entre corchetes dobles.

Las notas al texto pretenden orientar en la localización de algunos de los pasajes aludidos por Ménage. En ocasiones, la referencia que se da en el cuerpo del texto queda modificada en la nota, que procura dar la referencia canónica.

En la mayoría de los casos, se han añadido entre paréntesis las fechas aproximadas en las que vivieron las filósofas.

Historia de las mujeres filósofas

A Anne Lefebvre Dacier[1]

Prefacio

El número de mujeres que han escrito es tan grande que con sólo sus nombres se podría llenar un extenso volumen. Pero la mayoría de ellas se ha dedicado a estudios agradables: la retórica, la poesía, la historia, la mitología y la correspondencia elegante. Sin embargo, también ha habido algunas que se han aplicado a una disciplina más seria: la filosofía. Gracias a los fragmentos de Sópatro[2] citados por Focio[3] sabemos que el estoico Apolonio[4] escribió un curioso libro sobre estas mujeres. Además, Suidas[5] nos informa que el gramático Filocoro[6] escribió concretamente sobre las pitagóricas. Y Juvenal[7] explica que en su época las mujeres cultivaban la filosofía. Por eso es sorprendente que, como filósofas, Dídimo,[8] el gramático más docto de su tiempo, únicamente cite a Temista, y Lactancio,[9] el escritor eclesiástico más erudito, sólo a Teano. Yo, por mi parte, he encontrado sesenta y cinco filósofas en los libros de los

antiguos. Como me he propuesto escribir su historia, me ha parecido bien dedicárosla a vos, Anne Lefebvre Dacier, la más sabia de las mujeres actuales y del pasado, para que este trabajo sea también un testimonio de la admiración que me inspiráis. Además, no considero que el hecho de haberos dedicado recientemente mi disertación sobre el *Heautontimorumenos*,[10] de Terencio, sea suficiente muestra de mi admiración por vos. Y no se sorprenderán de que os dedique esta exposición de las vidas de las filósofas los que saben que Diógenes Laercio dedicó su obra sobre la vida de los filósofos a una mujer.[11]

Nos proponemos hablar primero de las mujeres filósofas que son de escuela incierta y luego asignaremos a las restantes sus respectivas escuelas.

Filósofas
de escuela incierta

Hipo (*ca.* siglo xii a. C.). Hija del centauro Quirón, que enseñó a Eolo la observación de la naturaleza, según testimonio de Clemente de Alejandría en el libro i de los *Stromata*[12] y de Cirilo en el libro iv de *Contra Juliano*.[13] Pues la observación de la naturaleza es una parte esencial de la filosofía. También en el libro iv[14] de los *Stromata*, de Clemente, Eurípides recuerda a Hipo como adivina y mujer versada en cuestiones astrológicas.

Aristoclea (siglo vi a. C.). Se verá más adelante con el nombre de Temistoclea, en el apartado de las pitagóricas.

Cleobulina (*fl.* 570 a. C.). Hija de Cleóbulo, uno de los siete sabios de Grecia, por eso conocida vulgarmente así, aunque a ella su padre (son palabras de Plutarco) la llamaba Eumetida. Escribió enigmas en versos hexámetros que elogió Ateneo en el

libro x, capítulo xv.[15] Aristóteles, en el libro iii, capítulo ii de la *Retórica*, cita este célebre enigma sobre la aplicación de la ventosa: «Vi a un hombre que con fuego soldaba bronce sobre otro hombre».

Plutarco testifica en el *Banquete de los siete sabios*[16] que este enigma es de Cleobulina. En este mismo libro Tales la llama «la sabia», lo cual el compilador del índice de Plutarco interpreta que significa «dedicada a la filosofía». Y así estimaba Charles Caton de Court,[17] varón de doctrina y modestia singulares, que tenían que ser interpretadas estas palabras. La recuerda Cratino en la pieza *Cleobulinas*,[18] obra que escribió sobre su nombre. Pues indican Laercio en su «Cleóbulo»[19] y Ateneo en el libro iv, capítulo xxi,[20] que esta pieza se conoce con el nombre en plural. Menos correctamente en singular, *Cleobulina*, esta obra es citada por Pólux en el libro vii, capítulo xi.[21] Sobre Cleobulina, además de Plutarco y Laercio en los textos citados y de Suidas en «Cleóbulo», hay que consultar a Clemente de Alejandría en el libro iv de los *Stromata*,[22] en el que dice que ella lavaba los pies de los huéspedes de su padre. Sabemos por Homero en la *Odisea*, canto xix, por el apóstol Pablo en la Primera carta a Timoteo, capítulo v, por el libro i, capítulo xxv, de Samuel, por Plutarco en las *Virtudes de mujeres*[23] y a través del oráculo dado a los milesios, citado por Heródoto, que en otro tiempo las mujeres acostumbraban a lavar los pies de los hombres.

Aspasia (*ca.* 470-410 a. C.). Milesia, hija de Axíoco. Enseñó retórica a Pericles y retórica y filosofía a Sócrates. Consultad a Platón en el *Menéxeno*[24] y a Clemente de Alejandría en el libro IV de los *Stromata*.[25] Suidas en «Aspasia»[26] y el escoliasta de Aristófanes en *Los acarnienses* la llaman «sofista» y, lo que es rarísimo en su sexo, «maestra de elocuencia». Nos indica Ateneo, en el libro V,[27] que también fue poeta y que muchos de sus versos fueron publicados por Heródico Cratecio. Fue, primero, amante y, después, esposa de Pericles. Capturada por los atenienses, éste la desposó en un matrimonio infausto para la patria, pues este hecho fue el origen de dos grandes guerras, contra los samios y contra los peloponesios. De esto trata Aristófanes en *Los acarnienses*. Los versos de Aristófanes, que fueron traducidos al latín por Frischlin,[28] suenan así:

> Los jóvenes que marchaban hacia Megara se habían embriagado jugando al cotabo y furtivamente se llevaron a la meretriz Simeta. Los megarenses, conmocionados por un justo dolor, robaron a su vez dos hetairas amigas de Aspasia. A causa de tres meretrices se inició una guerra entre todos los pueblos griegos. El olímpico Pericles lanzaba con ira truenos y relámpagos y agitaba toda Grecia. Además promulgó leyes escritas más bien como cantos de banquete: prohibió a los megarenses permanecer en tierra, en el foro,

> en el mar y en el continente. Pronto los megarenses, cada vez más forzados por el hambre, rogaron a los lacedemonios que interpusieran su influencia para que revocásemos este decreto que había sido promulgado a causa de unas rameras. Pero nosotros no queríamos oír sus muchas y reiteradas súplicas. Oíamos el furor de la guerra y el estrépito de las armas.

Ateneo recogió asimismo esta cita de Aristófanes en el libro XIII.[29]

Pero oigamos también qué dice, acerca de Aspasia, el propio Plutarco en su «Pericles»:[30]

> Pero porque se cree que lo que llevó a cabo Pericles contra los samios lo hizo para agradar a Aspasia, no resulta incongruente, sobre todo en este punto, considerar qué arte y qué fuerza tan grande poseía esta mujer para tener bajo su poder a los hombres principales de la ciudad y para que los filósofos hicieran mención de ella como ilustre y célebre. Es sabido que nació en Mileto y que fue hija de Axíoco. Dicen que siguió los pasos de una tal Targelia, así como los de las antiguas mujeres jónicas, y que buscó la amistad de los que eran muy ricos. Ciertamente, Targelia, que era de hermoso rostro y que unía belleza y agudeza de ingenio, tuvo familiaridad con muchos griegos, concilió a todos éstos con el rey y, mediante su colaboración, furtivamente esparció en las ciu-

dades los principios del partido de los medas. Pero dicen que Pericles eligió a Aspasia porque era prudente y experta en cuestiones políticas. También el propio Sócrates la frecuentó con sus íntimos. Los socráticos llevaban a sus mujeres a escucharla, aunque tuviera una escuela poco decorosa y honesta, pues criaba jóvenes que hacían negocio con sus cuerpos. Esquines cuenta que Lisicles, un ganadero que tuvo relación con Aspasia después de la muerte de Pericles, de ser un hombre de baja estofa y abyecto se convirtió en uno de los principales de la ciudad de Atenas. En el *Menéxeno* de Platón, aunque el principio haya sido escrito en tono de broma, hay, sin embargo, algo de verdad cuando se afirma que es por todos sabido que muchos atenienses aprendieron de Aspasia el arte de hablar. Pero es verosímil que el amor de Pericles por ella fuera lascivo ya que él tenía como esposa a una pariente próxima que antes había estado casada con Hipónico y que le había dado un hijo, Calias, un rico personaje. También de la unión con Pericles había engendrado esta mujer a Jantipo y a Paralo. Como este matrimonio fuera odioso a ambos, Pericles la entregó a otro contra su voluntad. Entonces él se casó con Aspasia, a la que amó mucho, pues, cuando iba o volvía del foro, siempre la saludaba con un beso. En las comedias Aspasia es llamada nueva Ónfale, Deyanira y Juno. Cratino abiertamente la denominó «concubina» […].[31] Pero se cuenta que Aspasia

> fue tan célebre y noble que Ciro, que hizo la guerra al rey de los persas por el reino, llamaba Aspasia a la concubina que más amaba y que antes tenía por nombre Milto.

Asimismo, Plutarco narra que Aspasia fue acusada por el comediógrafo Hermipo de impiedad y de llevar a la prostitución a mujeres libres, de las que se servía Pericles. También escribe que ella se libró del juicio por la intercesión de este último.[32]

Ved el diálogo al que nos referimos, titulado *Aspasia*, acerca del cual Laercio testifica que lo escribió el socrático Antístenes.[33]

No hace mucho había en Roma, en la dactiloteca de Felicia Rondanina, mujer de la aristocracia, una antigua piedra de jaspe que, engarzada en un anillo, tenía grabada, bajo el nombre de ΑΣΠΑΣΟΥ, la imagen de una hermosa mujer de largos cabellos que le caían sobre el pecho y los hombros, adornada con un collar y pendientes, armada de un yelmo y protegida por una égida: en el casco había pintada una cuadriga de caballos y sobre ésta se podía ver a Pegaso y a la esfinge. Canini[34] y Bellori,[35] que describieron esta imagen, uno en sus antiguas *Imágenes de hombres ilustres*, el otro en su *Iconología*, consideraron que aquella mujer era Aspasia de Mileto, maestra de Sócrates. Pero, a pesar del respeto por esos doctos varones, permítaseme objetar: cómo puede decir Ασπασος en vez de Ασπασια; en efecto, no lo veo

claro. Añado que nunca he encontrado Ασπασος en los libros antiguos, porque, de hallárselo, sería nombre de varón, no de mujer. Ασπασω en vez de Ασπασιη podría ser. Y pienso si el grabador no habría querido poner Ασπασους, en caso genitivo. Debió de ser así.

Diotima (siglo v a. C.). Enseñó a Sócrates filosofía amatoria, según el testimonio que él mismo da en el *Banquete* de Platón.[36] Sobre la filosofía del amor hay que leer a los platónicos y en primer lugar a Máximo de Tiro.[37] Sobre Diotima, además del mencionado pasaje de Platón, hay que consultar a Luciano en sus *Imágenes*.[38]

Beronice. Focio menciona a Beronice en su *Biblioteca* cuando enumera a los filósofos cuyos apotegmas recoge Estobeo.[39] Con el nombre de Berenice hubo cuatro reinas, pero sin ninguna relación con nuestra Beronice, que también parece ser distinta de aquella Ferenice de la cual hablan Valerio Máximo,[40] Plinio[41] y Pausanias[42] y que fue la única mujer a la que se le permitió asistir a un espectáculo deportivo cuando acompañó a Olimpia a su hijo Euclea, que tenía que participar en un certamen; fue hija de padre olimpiónico (es decir, vencedor en varias ocasiones del certamen olímpico) y tuvo hermanos que, con no pocos esfuerzos, consiguieron este mismo título. Beronice, Berenice y Ferenice son el mismo nombre.

Pánfila (siglo i). De Epidauro de Egipto. Hija de Soterida, un celebérrimo gramático. Suidas la llama «la sabia de Epidauro» y Focio dice que sus libros están llenos de cuestiones filosóficas. Escribió ocho libros misceláneos que Focio cita en su *Biblioteca*. Suidas testifica que fueron treinta y tres y que escribió muchas otras cosas: un epítome de Ctesia, epítomes de historias, de controversias y sobre las fiestas de Afrodita. Vivió en tiempos de Nerón. A menudo Laercio utiliza su testimonio[43] y Gelio la cita en el libro xv, capítulos xvii y xxiii.[44] Su padre, Soterida, le dedica sus comentarios. Hay que consultar a Suidas bajo el nombre de *Soterida*. Pánfila contrajo matrimonio con Socrátida, según el testimonio de Suidas en «Pánfila». Y Focio dice que estuvo casada con aquél durante trece años.[45]

Clea (siglos i-ii). Plutarco le dedicó sus *Virtudes de mujeres*, obra en la que afirma que ella era versada en la lectura de libros. Dice también que cuando Clea hubo sufrido la muerte de la excelente Leontida, que, conjeturamos, acaso fuera su madre, ambos tuvieron un rico coloquio de consolación filosófica. Por eso sospechamos que Clea se dedicaba a la filosofía.

Eurídice (siglos i-ii). Esposa de Poliano. Plutarco escribió para ellos sus *Preceptos conyugales*. Dice también que Eurídice había sido educada en

la filosofía. Jonsius, en el libro III, capítulo VI, de *Escritores de la historia filosófica*,[46] piensa que fue hija de Plutarco. Confieso que no sé de dónde saca esta afirmación. Pues esta Eurídice nuestra es distinta de aquella Eurídice que, siendo bárbara, de hecho Plutarco la llama «tres veces bárbara» (era iliria y de Hierápolis), sin embargo, ya en edad avanzada se dedicó al estudio para educar a sus hijos. De esta noble dedicación trata un epigrama en el último capítulo del tratado *Sobre la educación de los hijos*, de Plutarco.[47]

Julia Domna (170-217). Esposa del emperador Severo. Dión Casio, al final del libro LXXV de la *Historia romana*,[48] dice de ella: «Empezó a filosofar y pasaba los días con los sofistas». Por eso Filóstrato,[49] en *Filisco*, la llama «filósofa»: «Antonino era hijo de la filósofa Julia». Se refiere a Antonino Caracalla. De este modo hay que leer la excelente enmienda de Claude Saumaise a Elio Lampridio.[50] Antes se leía erróneamente «del filósofo». Acerca del mismo sofista, Filóstrato prosigue: «Gracias a Julia, Filisco obtuvo del emperador Caracalla la cátedra de filosofía de Atenas». Pues también hay que leer así, teniendo en cuenta la enmienda del mismo Saumaise, en vez de como se leía antes: «por su [de él] intercesión». La emperatriz Julia conocía no sólo a Filóstrato sino también a otros sofistas, que la acompañaban diariamente. Pues Tzetzes[51] en la historia cuadragésimo

quinta de la sexta *Quiliada* ofrece el testimonio de que los sofistas estaban a menudo con ella.

Era de patria siria, de la ciudad de Emesa. Después de haberla hecho venir de Siria, Severo la desposó. Acerca de él dice Espartiano:[52]

> Después de haber perdido a su esposa y, queriéndose casar con otra, requería los horóscopos de las posibles consortes. Él mismo era muy experto en matemáticas. Y como había oído que en Siria existía una mujer que tenía un horóscopo que la hacía digna de unirse a un rey, la pidió como esposa.

Tras la muerte de Severo, quisieron que Julia se casase con su hijastro Antonino Caracalla. Espartiano, a propósito de Caracalla, dice:[53]

> Conviene saber de qué manera se había casado con su madrastra Julia. Como ella era bellísima y quizás por negligencia se había desnudado la mayor parte del cuerpo, Antonino le dijo: «Querría, si fuera lícito». Se cuenta que ella respondió: «Si te gusta, es lícito. ¿Acaso no sabes que eres el emperador y que promulgas las leyes, no las acatas?». Oído esto, su deseo desordenado fue alentado a cometer el acto criminal y se celebraron las nupcias. Si Antonino hubiera sabido promulgar leyes, él mismo habría debido prohibirse este acto: pues se casó con su madre (no

> se podía decir de otra manera). Al parricidio añadió el incesto, ya que se unió en matrimonio a aquella a cuyo hijo había matado recientemente.

Aurelio Víctor,[54] Eutropio[55] y Orosio[56] se suman a Espartiano. Pero grandes testigos, libres de toda sospecha, como Opiano,[57] Herodiano[58] y Filóstrato,[59] testifican que todos aquellos se equivocan. Escritores contemporáneos de Julia dijeron unánimemente que ella era la madre de Caracalla, no la madrastra. Lo ratifican las antiguas monedas e inscripciones, que dan testimonio de lo que ya nadie duda: Caracalla fue el hijo de Julia Domna, no el hijastro. Esto ya había sido reconocido por los doctos varones, por Casaubon y Saumaise en la *Historia augusta*,[60] por Tristan en los *Comentarios históricos*,[61] por Spanheim en la séptima disertación acerca de la *Importancia y uso de las monedas*,[62] por Spon en las *Misceláneas de la Antigüedad erudita*,[63] y recientemente por Vaillant en las *Monedas*,[64] donde habla de Septimio Severo, Julia Pía y Antonino Caracalla.

Domna era su cognomen. Opiano, en el libro I de su *De la caza*, en el que habla de Antonino Caracalla, a quien dedicó su obra, dice: «la gran Domna lo dio al gran Severo». Pues en este lugar «Domna» no es «dueña», como querían Scipione Gentile[65] en el libro II, capítulo XXII de *Introducción al derecho* y Rittershausen[66] en el comentario a Opiano, sino que es un nombre propio, o

mejor dicho un cognomen. Consultad, si os place, lo que decimos en *Amenidades del derecho*,[67] capítulo xxv. Añado que la esposa de Isidoro, aquel celebérrimo filósofo cuya vida escribió Damascio, se llamaba «Domna». Ved los extractos de su vida en Focio.

Sabemos por Herodiano, cuando habla de Caracalla, y por Capitolino,[68] en su *Opilio Macrino*, que tuvo una hermana, Julia Mesa. Tristan y Patin[69] escribieron que este nombre en sirio fenicio significa «sol» [[lo que dudo mucho. De hecho, me veo obligado a creer que no es una palabra ni siria ni fenicia, tal como me aseguró Luis Pico, teólogo de la Sorbona, gran experto en lenguas orientales]].

Miro. De ella Suidas dice así: «Miro de Rodas, filósofa». Escribió tratados sobre mujeres que fueron reinas, y también fábulas. Según Suidas, no se trata de Miro, la celebérrima poeta, hija o madre de Homero, uno de los poetas trágicos de la Pléyade. Pues nuestra Miro fue bizantina, como consta en Suidas. Ateneo también la hace bizantina en el libro xi, capítulo xii,[70] y Eustacio[71] en el comentario al verso 310 del canto xxiv de la *Ilíada*. Pero allí se la llama Moiro, no Miro. Además, según el testimonio de Suidas, escribió, lo diré de pasada, versos elegiacos y mélicos, así como una obra con el título de *Anemosyne*, según dice Ateneo,[72] y un libro sobre los dialectos, según Eustacio.[73]

Sosipatra. Mujer de origen asiático, docta, rica, hermosa y generosa. Se había casado con Eustacio, prefecto de Capadocia, y, después de la muerte de éste, fue amada por Filométor, su pariente. Estas y más cosas dice Eunapio,[74] gracias al cual se sabe que fue filósofa y que enseñó filosofía a sus hijos.

Antusa (siglo v). De ella habla Focio en su *Biblioteca*, obra en la que recoge extractos del libro de Damascio[75] *Vida de Isidoro*, el filósofo:

> Se dice que una mujer de nombre Antusa, que vivió en tiempos del emperador bizantino León, descubrió la adivinación a través de las nubes, arte que no era conocido, según parece, por los antiguos. Se decía que esta mujer había nacido en Egea de Cilicia y que descendía de los primeros capadocios que habitaron en Comana, monte de las orestiades, remontándose así su genealogía a Pélope. Preocupada por su marido, a quien se le había encargado cumplir el servicio militar y que había sido enviado con otros a luchar en la guerra sícula, rogó en sueños conocer el futuro y oró de cara al sol naciente. Pero su padre, en sueños, le mandó que también rezara hacia la puesta del sol. Y mientras ella hacía esto, de repente, en el cielo sereno, cerca del sol, apareció una nube que, creciendo, tomó la forma de un hombre. Después apareció otra nube

> que también fue creciendo hasta alcanzar el tamaño de la anterior y que se convirtió en un fiero león. Entonces el león, abriendo su gran boca, deglutió al hombre. El aspecto de la nube con forma de hombre era semejante a un godo. De hecho, poco después, el rey León mató de manera fraudulenta a Asper, caudillo de los godos, y a sus hijos. Desde aquel momento y hasta el día de hoy, Antusa ha estudiado la manera de predecir el futuro a partir de las nubes.

Gaffarel,[76] en el capítulo II [[XII]] de *Cosas curiosas inauditas*, sostiene que en las nubes se pueden leer muchas cosas.

Parece bien añadir a Antusa a las filósofas porque la contemplación de las nubes es parte de la física y la física forma parte de la filosofía. Además, porque la astrología, según Aristóteles en el libro XII, capítulo VIII de la *Metafísica*, es un tipo de filosofía teorética. También ha de añadirse la siguiente mujer.

Aganice. Hija del tesalio Hegetor. Fue experta en los plenilunios en los que falta la luz de la luna y, habiendo captado por razonamiento en qué momento la luna penetraría en la sombra, persuadió a las mujeres de que se podía bajar dicho astro del cielo. Lo dice Plutarco en sus *Preceptos conyugales*.

Eudocia (*ca.* 401-460). Ateniense, en principio llamada Atenaida. Hija del filósofo ateniense Heráclito o, según otros, del sofista Leoncio. Esposa del emperador Teodosio el Joven. De ella el autor de la *Crónica Pascual* en la Olimpiada CCC dice lo siguiente:

> Al crecer, Teodosio, el joven augusto, fue educado en palacio junto a su padre. Después de la muerte de su progenitor, se preparaba con él un chico más joven, Paulino, hijo de un noble de la casa. En efecto, Teodosio le amaba como a sí mismo. Cuando el joven augusto se convirtió en hombre deseó tomar una esposa, y a menudo interpelaba sobre este asunto a su hermana, la augusta Pulqueria. Ésta, aficionada al hermano, se mantenía alejada de las nupcias. En efecto, Pulqueria se esforzaba en examinar a muchas jóvenes nacidas de sangre patricia o real para educarlas en el palacio, porque Teodosio le había dicho: «Deseo encontrar una virgen de eximia belleza, que oscurezca la hermosura de todas las vírgenes de Constantinopla y que sea de sangre real. Pero si no es excelente en belleza yo no tendré en cuenta ni su dignidad, ni su estirpe regia, ni su riqueza. Deseo vehementemente la doncella más loada por su belleza, sea cual sea su origen». Al oír esto, la augusta Pulqueria, solícita, ordenó la búsqueda de una tal doncella por todas las partes de la tierra. Hasta el propio Paulino, com-

pañero y amigo de Teodosio, se esforzaba y se movía de un lado a otro para contentar también en esto al joven emperador. Sucedió, pues, que llegó a Constantinopla una doncella griega de aspecto y cultura singulares, de nombre Atenaida, hija del filósofo Heráclito. Llegó a esta ciudad para visitar a su tía, sin duda ésta fue la razón. El filósofo Heráclito, padre de Atenaida, tenía dos hijos, Valeriano y Genesio. A la hora de su muerte hizo un testamento en el que nombró herederos a los dos hijos varones. Pero acerca de Atenaida dispuso en su testamento lo siguiente: «A mi muy amada hija quiero que le sean dadas sólo cien monedas, pues a ella le son suficientes la belleza y el saber, en los que aventaja a todo su sexo». Entonces murió. Después de su fallecimiento, una vez abierto el testamento, como Atenaida se considerara perjudicada, rogaba a sus hermanos mayores y les suplicaba, postrándose, que no tuvieran en cuenta la razón del testamento, y que le concedieran la tercera parte de la herencia paterna. Y afirmaba que ella no había cometido ninguna falta y que ellos no ignoraban de qué manera había sido siempre afecta al padre. «Y no sé por qué —decía—, al morir, nuestro padre me ha dejado sin herencia y me ha privado de mi parte de sus bienes.» Pero sus hermanos despreciaron sus ruegos e irritados la expulsaron de la casa paterna. Una tía materna acogió a Atenaida y la protegió no sólo como

huérfana menor de edad, sino también porque era virgen e hija de su hermana. Y luego la llevó consigo a casa de la tía paterna, la hermana de Heráclito. Ambas asumieron la defensa de Atenaida y llevaron a cabo acciones contra sus hermanos. Acudieron a la muy piadosa princesa Pulqueria, hermana de Teodosio, le informaron de cómo había sido tratada Atenaida por sus hermanos y al mismo tiempo le recomendaron la elocuencia de Atenaida. Y cuando la augusta Pulqueria se dio cuenta de cómo sobresalía en belleza, en cultura y en elocuencia, preguntó a sus tías si era virgen. En efecto, después de informarse de que era una virgen vigilada por su padre y con amplia formación erudita en el estudio de la filosofía, ordenó que ella, junto con las damas inaccesibles, fuera custodiada por las camareras y permaneciera en el palacio, diciéndole que aceptaba la petición de sus tías materna y paterna. Luego fue en busca de su hermano, el emperador Teodosio, y le dijo: «He encontrado una adolescente irreprochable, especialmente elegante, con una frente sutil y rasgos apropiados, nariz proporcionada, piel blanca, grandes ojos, una gracia singular, una cabellera rizada y rubia, un porte seguro, erudita, una virgen griega». Al punto que oyó esto, Teodosio ardió en deseos, como joven que era, y junto con su amigo y compañero Paulino pidió a su hermana Pulqueria que, con el pretexto de un encargo, llevara a Atenaida a su habi-

> tación para que él y Paulino la pudieran ver a través de un velo. Atenaida fue introducida en la habitación de Pulqueria. Agradó a Teodosio y también se quedó atónito Paulino, que la convirtió al cristianismo, pues era pagana de religión griega. Y la llamó Eudocia.

Sócrates[77] narra esta misma historia, con alguna variación, en el libro VII, capítulo XXI, de la *Historia eclesiástica* con estas palabras:

> Así pues, como una ilustre victoria había sido concedida a los romanos [se trata de la victoria de los romanos contra los persas] por voluntad divina, muchos varones sobresalientes en elocuencia escribieron discursos panegíricos de alabanza al emperador y los recitaron en público. Más aún, la propia emperatriz, esposa de Teodosio el Joven, compuso un poema en verso épico, pues era efectivamente erudita por ser hija del sofista Leoncio, educada por su padre e instruida en todo género literario. Cuando el emperador Teodosio decidió casarse con ella, el obispo Ático la convirtió al cristianismo y la llamó Eudocia.

Y Evagrio[78] en el libro I, capítulo XX, dice:

> Teodosio, gracias a la intervención de su hermana Pulqueria, tomó por esposa a Eudocia, de

> linaje ateniense, de aspecto elegante y no ignorante del arte poética, después de que ella recibiera las aguas del bautismo de la salvación. Efectivamente, tiempo después, cuando pertenecía a la santa ciudad de Cristo, Dios y Señor nuestro, Eudocia fue a Antioquía, donde pronunció en público unas palabras al pueblo y terminó su discurso con este verso: «Me place y me alegra haber nacido de vuestra sangre», dando importancia a las colonias que habían sido fundadas por Grecia. Por este motivo los antioquenos la honraron con una estatua hecha de bronce que todavía permanece intacta.

Además Nicéforo,[79] en el libro XIV, capítulo XXIII, dice:

> La augusta Pulqueria, porque mostraba gran celo por la honestidad, cuando el emperador llegó a la edad madura, decidió unirlo en matrimonio a una cónyuge y examinó a muchachas de toda clase y familia, también de otros países, jóvenes que fueran distinguidas por la belleza, las riquezas y otras dotes. Y mientras llevaba a cabo estas cosas, ocurrió muy oportunamente que llegó de la ciudad de Atenas, presentándose ante la augusta, una mujer cuyo nombre era Atenaida, todavía doncella. Ésta era hija del filósofo Leoncio, y muy inteligente, instruida por su padre en toda materia, no sólo en las letras griegas sino tam-

> bién en las latinas, tanto en filosofía práctica como teorética, y en lo referente al arte de la retórica era versada en pruebas y refutaciones, tanto que nadie la aventajaba. También llegó más lejos que ninguno en su tiempo en astronomía, en geometría y en proporciones numéricas. Después de educarla e instruirla así, su padre, al morir, dejó herederos de sus bienes a sus hijos Valerio y Ecio, pero desheredó a su hija diciendo que su belleza y su saber le eran suficientes. En efecto, cuando la situación en casa se le hizo agobiante, acudió a la augusta Pulqueria quejándose de la injuria de sus hermanos. Cuando aquélla vio la prudencia, la belleza y la admirable destreza de la joven en todos los aspectos, como ya he dicho, comenzó a pensar en unirla en matrimonio a su hermano. Y después de persuadirla para que practicara el cristianismo, hizo venir al obispo Ático y se encargó de que ella recibiera el bautismo en el templo del protomártir Esteban. Y adoptada como hija, la dio como esposa a su hermano, llamándola Eudocia en vez de Atenaida.

Observaréis de paso que el padre de Eudocia, al que el autor de la *Crónica Pascual* asigna el nombre de Heráclito, es llamado Leoncio por Sócrates, Nicéforo y Zonaras.[80] Pero también ella misma es llamada Leoncia, es decir, «hija de Leoncio», en el dístico colocado al final de la *Metafrasis del Octateuco*, de la cual se hablará más adelante.

Asimismo sus hermanos, a los que el autor de dicha *Crónica* llama Valerio y Genesio, son mencionados como Valerio y Ecio por Sócrates y por Nicéforo. Pero Zonaras, en el libro XIII de los *Anales*, los llama también Genesio y Valerio. Añade que Eudocia pidió al emperador, para Genesio, la prefectura de los ilirios, y el título de *magister* para Valerio, además afirma que ella no estaba enfadada con sus hermanos, ya que si no la hubieran expulsado de casa, no habría ido a Constantinopla, donde había conseguido los máximos honores.

Y hay que observar que Atenaida es llamada «poeta» por Sócrates y por Evagrio y «filósofa» por el autor de la *Crónica Pascual*. Sabemos por Nicéforo que sobre la victoria de los romanos contra los persas escribió un poema en versos épicos en alabanza a su esposo Teodosio.[81] Hay quienes dicen que ella hizo un centón de Cristo nuestro salvador, que vulgarmente es atribuido a Proba Falconia. Sobre esta cuestión hay que consultar a Giglio Giraldi.[82] Zonaras escribió que los *Centones homéricos* fueron una obra inacabada y desordenada de un tal Patricio y que Eudocia la completó y ordenó. Consta que ella escribió en griego, en un poema épico en ocho libros, la *Metafrasis del Octateuco*[83] y la *Metafrasis de los profetas Zacarías y Daniel*,[84] y tres libros sobre el mártir san Cipriano.[85] Sobre estos poemas hay que consultar sobre todo a Focio en su *Biblioteca*.

Santa Catalina († 307). La mayoría de los cristianos cree que santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir, que vivió bajo el poder del emperador Magencio, muy versada en cuestiones filosóficas, había debilitado a los filósofos paganos con argumentos muy potentes y con sus razones los había llevado a que abrazaran la religión cristiana. En la historia de su martirio, escrita en griego por Simeón Metafrastes,[86] no sólo se narra esto mismo, sino que incluso se cuenta que la propia santa Catalina dice que había aprendido retórica, filosofía, geometría y otras disciplinas. Y es por esto que los profesores de filosofía parisinos la eligieron como patrona y en el día de su celebración la escuela de París hace fiesta; a ejemplo de la de París, también las otras escuelas festejan ese día.

El escritor más antiguo que recuerda a esta virgen es el anónimo griego de la *Vida de san Pablo de Latros*, eremita que vivió en Elea cerca de Pérgamo y que murió el día 15 de diciembre del año 956 en el monasterio de Α*φαπσο*, en territorio de Frigia. Pero aquel escritor la llama Ecaterina y no Catarina. He aquí sus palabras según la interpretación de Jacques Sirmond,[87] el cual encontró esta biografía en la Biblioteca Sforza de Roma y la tradujo al latín para el cardenal Baronio:

> Efectivamente, los recuerdos de otros santos proporcionaban a Pablo motivos de alegría. Pero el martirio de Ecaterina no sólo llenaba al santo

> de placer sino que casi lo transportaba a un estado de exultación.

Baronio,[88] en el tomo x de los *Anales*, considera a este autor un «escritor fiel». Catalina también es llamada Ecaterina por el monje Eutimio Zigabeno en el salmo 44 de sus *Comentarios a los salmos*, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca Real y también en la de Bigot. Le Moyne editó el prefacio de dicho libro en *Varia sacra*.[89] Eutimio vivió, aproximadamente, a principios del siglo xiv.[90] Catalina es llamada AIKATEPIN en una antigua tablilla griega que mostró Charles Du Cange, varón muy ilustre, al final del *Glosario de los escritores de la media y baja latinidad;*[91] allí se la ha representado con una corona real en la cabeza y vestida con el traje consular. Esto me recuerda que advierta a los lectores de que, en el *Martirio* antes citado, escrito por Simeón Metafrastes, se señala que ella era de familia regia, según el comentario de Gentian Hervet[92] a propósito del 25 de noviembre:

> Una piadosa mujer llamada Ecaterina, joven de edad, de hermoso aspecto, que llevaba sangre de estirpe real, había leído toda la literatura pagana y cristiana y, acompañada de muchas sirvientas, vivía en Alejandría.

Pero volvamos a nuestro asunto. En la Biblioteca de Colbert[93] hay siete códices manuscritos del *Mar-*

tirio de santa Catalina, con las signaturas 413, 569, 622, 850, 3048, 4530, 5823, en los que también es llamada, invariablemente, Ecaterina. Asimismo Jan Vermeulen, Molanus,[94] la llama Ecaterina en sus *Adiciones a Usuardo*. Pero, efectivamente, en el calendario griego más antiguo de dicha biblioteca, con la signatura 5149, ella figura, en el 24 de noviembre, como ΕΚΚΑΤΕΡΙΝ. Los autores posteriores la llamaron Caterina, creo, porque ignoraban el origen del nombre Ecaterina, Ecaterinos, Eccaterinos, es decir, no se sabe qué significan αικατερινη, αικατεριν, εκκατεριν. Consta que no son palabras griegas, pero tampoco se trata de términos árabes, como quieren algunos, porque santa Ecaterina fue enterrada en una cima del monte Sinaí, donde todavía hay un monasterio a ella dedicado, según me indicó Eusèbe Renaudot,[95] varón conocedor como nadie de la lengua árabe. Ciertamente es llamada Catarina en todos los *Breviarios eclesiásticos* y no sólo en el *Martirologio* de Baronio. En Paquimeres,[96] en el libro II, capítulo XVIII y en el libro III, capítulo I, de *Andrónico*, Catalina, hija única de Filipo, emperador de Constantinopla, casada posteriormente con el conde Carlos de Valois, es llamada Αικατερινα. De donde se deduce que Catarina y Ecaterina son el mismo nombre.

Esto por lo que se refiere al nombre de santa Catalina. Veamos ahora su historia. Parece que Baronio la considera falsa. Así pues, dice de ella en los *Anales*, en el año 317, en la sección 23:

> De la misma manera que lamentamos que fuera olvidada por Eusebio, más nos duele que el acta de esta nobilísima mártir fuera escrita por un autor desconocido más libremente y menos fielmente de lo que conviene. Pues en cuestiones de mártires y de otros santos más vale echar de menos muchos datos que acumularlos en cantidad, aunque vacilen por todas partes. Porque se mira más por la verdad eclesiástica con el silencio de las cosas no seguras del todo que con la mentira, aunque vaya mezclada de verdad, y con la elocuencia del discurso adulterado.

Razón tuvieron para eliminarla, por fabulosa, del *Breviario parisiense* reformado, en el año 1680, por orden del ilustrísimo François de Harlay, arzobispo de París, los que se encargaron de su reforma, hombres ilustres por su piedad y saber: Jacques de Saint-Beuve, profesor teólogo de la Sorbona; Guillaume Bruneterre, entonces archidiácono de Brie en la Iglesia de París y hoy obispo de Santon; Claude Castellain, canónigo parisiense; Nicolas Gobilius, doctor de la Sorbona y párroco de Saint Laurent en París; Léonard Lamétus, doctor de Navarra, entonces canónigo de París, ahora párroco de Saint Eustache en París; Claude Amalin, archidiácono parisiense; Nicolas Coquelin, canciller parisiense, y Nicolas Tournefeu, teólogo y orador eximio.

Ana Comnena (1083-1148). Hija del emperador Alexis, esposa del césar Nicéforo Brienio. En el libro xv de su *Alexiada*, ella misma escribe que se dedicó a la filosofía. Y Nicetas,[97] en *Juan Comneno*, explica que se consagró a la filosofía, madre de todas las disciplinas y que fue erudita en todas las artes. También Zonaras, en el libro xviii de los *Anales*, cuando habla de su esposo Brienio, dice de la filósofa lo siguiente:

> Pues él también se dedicaba a los estudios de las doctrinas y su esposa ponía en éstos un empeño incluso mayor. Hablaba, a la manera ática, un griego exquisito. Estaba dotada de una muy aguda inteligencia para las especulaciones más abstractas; había conseguido esta facultad, en parte, por don natural y, en parte, por aplicación, pues estaba apegada a los libros y a menudo tenía relación con los eruditos.

Eudocia (siglo xi). Esposa del déspota Constantino Paleólogo, segundo hijo del emperador Paleólogo. De ella Nicéforo Gregoras,[98] en el libro viii, capítulo v, de las *Historias*, dice lo siguiente:

> Era experta en filosofía pagana y sobresalía no sólo en la elegancia de la forma sino también en la suavidad de su facundia y en la bondad de sus costumbres. Era también erudita en letras humanísticas y en los coloquios daba a conocer con

> gusto cosas diversas que ella misma había leído o que había oído de otra gente, de tal manera que era llamada por los entendidos la otra Teano, la pitagórica o la otra Hipatia.

Panipersebasta (siglo xiv). Hija de Teodoro Metoquita, que fue gran tesorero en el reinado de Andrónico el Viejo. El emperador la prometió en matrimonio al hijo de su hermano Juan Panipersebasto, por lo que es llamada Panipersebasta por Nicéforo Gregoras en el libro viii de la *Historia romana*.[99] Gregoras, en el mismo sitio, recoge uno de sus discursos, de lo que se puede conjeturar que había sido filósofa. En efecto, el propio Gregoras dice de ella:

> Era todavía joven de edad, pero había alcanzado un grado tan alto de prudencia que la facultad de hablar que le había sido concedida por naturaleza era digna no sólo de ella sino también de Pitágoras, de Platón y de los demás filósofos.

Además, la llama Cesarisa, pues su esposo tuvo, en primer lugar, el cargo de panipersebasto y luego fue honrado con la dignidad de césar. Muerto su marido en territorio de los tribalos, el legado Gregoras fue enviado ante ella misma y ante el rey de los tribalos para consolarla de la aflicción por la muerte del marido y para exhortarla a volver a Bizancio. Tuvo como preceptor al tantas veces

citado Gregoras, en cuya obra se puede leer mucho acerca de su ingenio, erudición y elocuencia. De Juan Panipersebasto tuvo una hija que se casó con el kral de los eslavos, es decir, el rey de los tribalos. *Kral* es una palabra eslava que significa «rey». Con este apelativo, actualmente, el emperador de los turcos convoca por escrito a los electores del imperio y con el mismo término, no hace mucho, convocaba al emperador germánico.

Novella (siglo xiv). Jurista. Incluyo a la jurista Novella entre las filósofas porque es lo que hace Ulpiano[100] en la primera ley del *Digesto sobre la justicia y el derecho* cuando llama «filósofos» a los jurisconsultos «que practican una verdadera y no simulada filosofía».

Novella fue la hija de Giovanni Andrea,[101] célebre maestro de Bolonia. De ella, Christine de Pizan[102] cuenta un hecho admirable en el libro titulado *La ciudad de las damas*, segunda parte, capítulo xxxvi, que no tendré reparos en reseñar aquí, pero citaré las palabras de la propia Christine por miedo de no ser creíble en algo que requiere mucha fidelidad:

> De la misma manera y para evocar tiempos más recientes sin buscar en la historia antigua, Giovanni Andrea, el famoso legista de Bolonia la Rica, hace unos sesenta años, era de la opinión de que no estaba mal que las mujeres fueran letra-

> das. En cuanto a su bella y buena hija, a la que amaba mucho y que se llamaba Novella, le hizo estudiar letras y derecho, hasta tal punto que, cuando se veía obligado por otras tareas, era a ella a quien mandaba a dar clase magistral a sus estudiantes. Pero para que su belleza no fuera objeto de distracción para el auditorio, ella tenía una pequeña cortina delante de sí. De este modo, podía suplir algunas veces en sus ocupaciones a su padre, que la amaba tanto que en su honor dio su nombre, Novella, a un notable libro de leyes.

Obtuve esta información del libro que sobre la educación de los hijos escribió para Anne de Bourbon, esposa del duque de Longueville, un varón muy ilustre y muy docto y gran amigo mío, Claude Joly,[103] canónigo y cantor de la iglesia de París, quien también me ha hablado del libro manuscrito de Christine.

Giovanni se había casado con Milancia, también una mujer erudita, con la que, además de a Novella, tuvo a Betina, que se casó con Giovanni de San Giorgio, maestro boloñés. Nacido en Mugello, ciudad de la campiña florentina, aquél había tenido por madre una Novella, de ahí el nombre de su hija. Y en memoria de ambas llamó *Novellas* a su *Comentario a los decretales*, obra muy alabada por Baldo.[104] Guido Panziroli[105] narró su vida en *Los ilustres intérpretes de las leyes*, libro III, capítulo XIX.

Christine vivió en Francia, bajo el reinado de Carlos V. La recuerdan con honor Marot[106] en sus *Poemas*, Verdier[107] en su *Biblioteca* y Jean Mabillon[108] en su *Viaje a Italia*.

Eloísa (1101-1164). Primero fue amiga y luego esposa del célebre teólogo Pedro Abelardo, antes de ser monja y priora del monasterio de Argenteuil, cerca de París, y por último abadesa del monasterio del Paráclito, cerca de Nogent sur Seine, desde el año 1130 hasta el 1164.

Que fue filósofa me lo ha enseñado Franciscus Ambrosius,[109] que ha publicado sus obras y las de Abelardo. Este autor, en su prefacio apologético a favor de Abelardo, dice lo siguiente:

> Eloísa, como otra Susana o Ester, hermosa y temerosa de Dios, legítima descendiente de los muy antiguos Montmorency, no hija ilegítima sino sobrina de un canónigo de París, desde la cuna sabía cantar los salmos en hebreo, brillante astro y ornamento de su sexo. Fue instruida por su esposo en las tres lenguas, así como en matemáticas, filosofía y teología, y sólo fue inferior a él.

Me abstengo de narrar aquí la historia de sus amores con Abelardo porque es cosa conocida por todo el mundo.

Platónicas

Lastenia y **Axiotea** (siglo iv a. C.). Lastenia de Mantinea, en Arcadia, y Axiotea de Fliasia, discípulas de Platón. De una y otra hablan Laercio en la «Vida de Platón»,[110] Clemente de Alejandría en el libro iv de los *Stromata* y Temistio en el discurso xii que tituló *Sofista*.[111] Ved más adelante en las pitagóricas.

Arria (siglo iii). El autor del libro *De Teriaca*, dedicado a Pisón, en el capítulo ii, dice que ella se consagró aplicadamente a los libros de Platón y que fue valorada con esta fama por los emperadores. Vivió en tiempos de Alejandro Severo, como correctamente observaba Jonsius en su *Historia filosófica*.[112] Consideramos, como Reinesius,[113] que Arria es aquella mujer, «estudiosa de Platón», a quien Laercio dedicó su obra sobre la vida de los filósofos. Ved lo que decimos en el proemio de las obras de Laercio.[114]

Geminas (siglo iii). Madre e hija. Eran discípulas de Plotino, filósofo platónico celebérrimo en su época. Ved Porfirio[115] en su *Vida de Plotino*.

Anfilia (siglo iv). Hija de Aristón, esposa del hijo de Jámblico. Informa Porfirio en la misma obra. Jámblico fue discípulo de Porfirio, que, a su vez, fue discípulo de Plotino y de Longino.

Hipatia (370-415). De Alejandría, mujer muy versada en cuestiones filosóficas y matemáticas. Hija y discípula del filósofo, geómetra y matemático Teón de Alejandría, más docta que su padre y maestro. De un tal Teón que en tiempos del muy eminente médico Jónico Sardiano había conseguido una gran fama en la Galia se acuerda Eunapio[116] en su libro sobre Jónico. Hay quienes interpretan que se trata de nuestro Teón, pero, según mi opinión, esto es poco verosímil. A partir de una conjetura completamente verosímil Henry Savile[117] consideraba que este nuestro Teón era aquel que interpretó a Ptolomeo, según nos transmitió Henri de Valois[118] en la *Historia eclesiástica*, de Sócrates, libro vii, capítulo xv. También era de este parecer Ismaël Bouillaud,[119] el francés más docto en cuestiones astronómicas, aquel que «numera multitud de estrellas y les da nombre a todas». Pero sabemos que Hipatia fue seguidora de la escuela platónica por la misma *Historia* de Sócrates,[120] libro vii, capítulo xv. Pondré a continuación las pala-

bras de Sócrates según el comentario de Valois, porque son muy dignas de consideración:

> Hubo en Alejandría una mujer de nombre Hipatia, hija del filósofo Teón. Ésta alcanzó tanto saber que superó en mucho a todos los filósofos de su tiempo, sucedió a Plotino en la escuela platónica por él fundada y expuso a sus oyentes todas las ramas de la filosofía. Por eso, a ella acudían de todas partes los estudiosos de la filosofía. Además, a pesar de la confianza en sí misma y de la autoridad que le confería el saber, también con singular modestia aceptaba a veces las críticas. Y no tenía pudor de presentarse a menudo entre los hombres.

Nicéforo,[121] en el libro XIV, capítulo XVI, está de acuerdo con todo lo dicho. No estará de más citar las palabras de Nicéforo, porque nos aportan otras cosas. Pero citaré textualmente porque el fragmento es bastante extenso:

> En Alejandría había una mujer, Hipatia, que tenía por padre al filósofo Teón. Bien instruida por éste, sobresalió tanto en los saberes que no sólo superó a los filósofos de su época, sino también a todos los que la habían precedido. Sucedió a Plotino en la escuela platónica que él había fundado y estaba dispuesta a ofrecer el conocimiento de los saberes a todos los estudiosos. Por

> consiguiente, todos los que tenían interés por la filosofía acudían a ella no sólo por la honesta y digna libertad en el decir que le era intrínseca, sino también porque se dirigía a los hombres principales casta y prudentemente. No parecía un acto indecoroso el hecho de que se presentara entre los varones. Todos la reverenciaban y la respetaban por su excelente pudor. Era la admiración de todos, hasta que contra ella se desató la envidia. Pues platicaba a menudo con Orestes, prefecto de Alejandría, y este hecho provocó la calumnia en su contra dentro del clero de Cirilo, arzobispo de Alejandría. Además ella misma fue también un impedimento para que hubiera un acuerdo entre el arzobispo y el prefecto. Por esto, algunos de los fervorosos y apasionados seguidores de Cirilo, entre los cuales se hallaba un tal Pedro, del orden del lectorado, al observar un día pérfidamente que Hipatia regresaba en su carruaje, la sacaron de allí y la llevaron por la fuerza a la iglesia que tiene el nombre de César, y allí, despojándola de sus vestidos, con fragmentos de cerámica la torturaron hasta matarla. Luego, desmembrada, la llevaron al lugar que se llama Cinaron y la quemaron.

De manera similar, Sócrates narra la muerte de Hipatia en el libro VII, capítulo XV, de la *Historia eclesiástica*. De éste obtuvo la información Nicéforo. Pero Filostorgio,[122] según Focio, dice que

fue torturada por los partidarios de la «homoousia»,[123] y por esto Focio lo acusa de impiedad. Dice Hesiquio,[124] «el más ilustre» —ése era su cognomen—, que esto le ocurrió a Hipatia a causa de la envidia provocada por su eximio saber de las cosas, sobre todo de las astronómicas.

Sinesio[125] la tuvo en gran aprecio y le escribió muchas cartas, todas ellas dirigidas «a la filósofa». En la epístola 16, la llama madre, hermana, maestra, benefactora y demás apelativos honoríficos. En la 15, le pide que procure hacerle un «barilio», que es como se llama el hidroscopio que sirve para conocer la pureza [[los niveles]] de las aguas. Acerca de esta palabra ved el capítulo XLI de nuestra obra *Amenidades del derecho*.[126] Así empieza la carta 24:[127] «Aunque en la vida de los difuntos en el Érebo domine el olvido, incluso allí yo podré recordar a la querida Hipatia».

De ella se acuerda con deferencia Gregoras en el libro VIII, capítulo V, de la *Historia romana*, cuyas palabras hemos citado anteriormente, cuando nos referimos a Eudocia, esposa del déspota Constantino Paleólogo.

Observa Suidas, o mejor dicho el autor anónimo conocido como Suidas, que fue hermosa. Añade que a uno de sus oyentes, que moría de amor por ella, Hipatia le mostró los paños manchados de las menstruaciones (los alejandrinos llamaban a esto *φυλακια*) y le dijo: «¡De esto estás enamorado, oh adolescente!», y así sanó el ánimo de éste.

El mismo autor dice que Hipatia fue la esposa del filósofo Isidoro, pero que, pese a ello, permaneció virgen. También Damascio, según Focio, la hace esposa de aquél en la *Vida de Isidoro*, donde señala que Hipatia se dedicaba a la geometría. Acerca del filósofo Isidoro hay que consultar a Damascio en la *Biblioteca* de Focio.

Escribió un comentario a la *Aritmética* de Diofanto,[128] un *Canon astronómico* y un comentario a las *Cónicas* de Apolonio,[129] según testifica Suidas.

En el primer tomo de los *Concilios* de Étienne Baluze,[130] en el *Sinódico contra la tragedia de Ireneo*, capítulo CCXVI, se encuentra esta epístola de Hipatia a san Cirilo, arzobispo de Alejandría:

> Leyendo historias de tiempos pasados, he encontrado que la presencia de Cristo se remonta a ciento cuarenta años atrás. Existieron, en efecto, sus discípulos, que luego fueron llamados apóstoles, los cuales, después de su asunción a los cielos, predicaron la doctrina cristiana. Éstos habían enseñado de manera muy simple y sin preocuparse por su inteligibilidad. Así, la mayoría de los gentiles que los malentendieron, sin comprenderlos, los acusaron y consideraron que esta doctrina carecía de fundamento. Dijo el evangelista: «Nadie ha visto nunca a Dios». Entonces ellos replicaban: «¿Cómo decís, pues, que Dios ha sido crucificado?». Y añadían: «¿Cómo es posible clavar en una cruz a quien

> no puede ser visto? ¿Cómo pudo morir y ser sepultado?». Por esto Nestorio, que fue obligado a exiliarse, expuso las predicaciones de los apóstoles. Y yo, que he aprendido ya hace mucho tiempo que él mismo reconoció que existían dos naturalezas en Cristo, digo a quien me explicó esto: «Se han resuelto las cuestiones de los gentiles». Así pues, afirmo que vuestra Santidad, al considerar estas cosas contrarias, ha hecho mal en convocar un sínodo y en haber preparado la expulsión sin discusión. En efecto, yo incluso hace pocos días he examinado las exposiciones de este varón y las he contrastado con las predicaciones de los apóstoles y en mi interior he debatido que sería bueno para mí hacerme cristiana, espero ser digna de la regeneración del bautismo del Señor.

Pero consta, según Sócrates, que Hipatia fue muerta en el cuarto año del episcopado de Cirilo, siendo cónsules Honorio X y Teodosio VI, es decir, en el año 415 de Cristo. En cambio, el exilio de Nestorio, recordado en esta epístola, sucedió en el año 436, como consta en Evagrio. Étienne Baluze pensaba que esta epístola de Hipatia a Cirilo era supuesta y falsa. Yo acepto gustosamente su sentencia.

En el libro I de la *Antología*,[131] traducida del latín por Grotius, existe un epigrama sobre la filósofa Hipatia que lleva por título «A la sabiduría»:

> Quien te ve y observa tu austera casa virginal no puede más que cultivar las letras. Pues tienes todo el interés en el cielo, prudente Hipatia, dulce decoro del discurso, astro purísimo del arte de la sabiduría.

Jacques Godefroy,[132] en su edición de Filostorgio, publicó un antiguo epigrama griego de alabanza a Hipatia, hasta entonces inédito.

Claude Saumaise, en la *Epístola nuncupatoria a los Dupuy*, adjunta al principio de sus *Observaciones al derecho ático y romano*,[133] donde aparece una doctísima muchacha holandesa, la señorita Schurman,[134] llamó Hipia a nuestra Hipatia, por un error tipográfico o por un lapsus.

Académicas

Cerellia (siglo i). Cerellia o Cerelia, pues de una y otra manera se encuentra escrito este nombre en los libros antiguos. Que fue filósofa se pone de manifiesto en la epístola 51 del libro xii de las *Cartas de Cicerón a Ático*. En esta carta Cicerón dice que ella era una admirable y ardiente estudiosa de la filosofía. Añade que exponía sus libros *De los límites*. Por esto conjeturamos que pertenecía a la escuela académica, pues Cicerón era académico y, como dice Lactancio de él, «defensor de la doctrina académica» y sus libros así lo evidencian. Él mismo menciona a Cerelia en la epístola siguiente. También habla de ella en el libro xiii, epístola 72, de las *Cartas familiares*, donde la recomienda muy celosamente a Servilio y la considera su amiga. Fusio Caleno le echa en cara al viejo Cicerón el haber amado a Cerelia; esto aparece en el libro xlvi de Dión,[135] en el que responde públicamente a Cicerón respecto al discurso de éste con-

tra Antonio. Realmente, consideramos que esto es un gran honor para Cerelia, pues ¿qué más honra puede tener una mujer que el haber sido amada por Cicerón?, un hombre dotado de ingenio como ningún otro, muy excelente en todo, ex cónsul, digno, al que los griegos respetaban por su elocuencia. Pero lo que añade Caleno sobre que Cicerón fue amante de Cerelia no lo consideramos más verdadero que las calumnias lanzadas contra él y contra Donato citadas en Servio[136] y en este verso de Marón:[137] «Éste invadió el tálamo de la hija y cometió uniones prohibidas». Corrado,[138] respecto a dicha epístola de Tulio a Ático, la quincuagésimo primera del libro XII, escribió que Cerelia fue amada por el anciano Cicerón y que no lo niega Fabio[139] en el libro VI, capítulo IV ni Ausonio en el *Centón nupcial*. Por lo que hace a Ausonio[140] no me parece que diga esto que se pretende. He aquí sus palabras:

> Pues algunos eruditos recordarían a partir de Plinio, un hombre muy bien considerado, que en los poemas existe lascivia y en las costumbres, censura. Que el opúsculo de Sulpicio provoca comezón, pero no hace fruncir el ceño. Que Apuleyo en la vida es un filósofo y en los epigramas, un amante: en todos los preceptos hay severidad y en las cartas a Cerelia hay, en el fondo, petulancia.

Estas últimas palabras de Ausonio sobre Apuleyo, que escribió a una tal Cerelia, no tienen que entenderse como referidas a Cicerón. Y no de otra forma interpreta esto el comentarista de Ausonio, Elie Vinet,[141] varón muy docto. Tampoco el pasaje de Fabio[142] demuestra que Cerelia fuera amada por Cicerón. Sus palabras son: «También lo que Cicerón escribió a Cerelia dando razón de por qué había tolerado tan pacientemente aquellos tiempos de C. César. Éstos se han de soportar con el ánimo de Catón o con el estómago de Cicerón. Pues estómago esconde un juego de palabras». Esta cita de Fabio significa que o hay que acabar con la vida a la manera de Catón de Útica, que decidió matarse para no caer en manos de César, o es menester tragárselo todo según el ejemplo de Cicerón. Se sirve de la metáfora del estómago, que digiere también alimentos agrios y desagradables. Por lo tanto, esto nada tiene que ver con los amores de Tulio.

Censorino[143] dedicó su libro *Sobre el día del nacimiento* a un tal Q. Cerelio, a quien califica de rico tanto en virtud como en dinero. Y Marcial[144] dedicó el epigrama 63 del libro IV a una Cerelia.

Dialécticas

Argia, Teognida, Artemisia y **Pantaclea** (siglos iv-iii a. C.). Diodoro, cuyo cognomen era Crono, filósofo dialéctico, tuvo unas hijas filósofas, Argia, Teognida, Artemisia y Pantaclea.

Da testimonio de ello san Clemente, presbítero de Alejandría, en el libro iv de los *Stromata*. En efecto, escribió el dialéctico Filón en su *Menéxeno* que estas cuatro hijas de Diodoro Crono fueron todas de la escuela dialéctica, según el testimonio del mismo Clemente, en el lugar citado. Dice san Jerónimo en el libro i de su *Contra Joviniano*[145] que éstas fueron cinco: «El socrático Diodoro cuenta que tuvo cinco hijas dialécticas, de insigne pudor. Filón, maestro de Carneades, escribió una completísima historia sobre ellas». Este Filón fue discípulo del dialéctico Diodoro Crono y condiscípulo de Zenón de Cicio.

Cirenaicas

Arete (siglo IV a. C.). Hija y discípula de Aristipo de Cirene, fundador de la escuela cirenaica. Fue maestra de su hijo Aristipo, que por esto fue llamado μητροδιδακτα («educado por la madre») según Laercio, en «Aristipo», y Clemente, en el libro IV de los *Stromata*. Muchos otros fueron «educados por la madre»; entre ellos, el rey Lemuel, de quien en el último capítulo de los Proverbios se dice: «Palabras de Lemuel, rey de Masá, que le enseñara su madre». El emperador Marco Aurelio Antonino[146] dice en el libro I de sus *Meditaciones:* «De mi madre, la piedad, la generosidad y el control»; hay que sobrentender «aprendí», según nos transmitió Suidas. «De Diogneto aprendí la indiferencia por la vanagloria y la incredulidad, dice Marco, el emperador filósofo». Cuando dice «indiferencia por la vanagloria» hay que leer «desconfianza». Pues el emperador Marco en el libro I de sus *Meditaciones* dice: «De Diogneto aprendí la indi-

ferencia por la vanagloria y la desconfianza hacia los charlatanes».[147] También aparece de este modo en el manuscrito de Suidas que se conserva en la Biblioteca Real.

Megáricas

Nicarete (siglo iv a. C.). Nacida en Megara, amiga y discípula del filósofo megarense Estilpón. Ateneo, en el libro xiii, capítulo vii, dice:[148]

> Megarense y de origen ni oscuro ni innoble, fue la meretriz Nicarete. Muy considerada por el esplendor de su nacimiento y por su doctrina. Trabajó con el filósofo Estilpón.

Ateneo explica que muchas meretrices griegas se dedicaron a las letras humanísticas y a las disciplinas matemáticas. Según Laercio, Onétor dice que Estilpón, aunque estaba casado, frecuentaba a Nicarete como prostituta.[149] Pero Cicerón en el libro *Del destino*[150] da otra información. Sus palabras son:

> Consideramos al filósofo megarense Estilpón un hombre realmente agudo y estimado en aque-

llos tiempos. Escriben sus propios allegados que fue un hombre dado a la bebida y mujeriego. Y no escriben esto para vituperarlo, sino más bien como alabanza. Pues gracias a la doctrina dominó y controló su naturaleza viciosa de tal manera que nunca nadie lo consideró un borracho ni vio en él el menor vestigio de lujuria.

Cínicas

Hiparquia (*ca.* 300 a. C.). De Maronea, hermana del maronita Metrocles, filósofo cínico, esposa de Crates, también filósofo cínico. Sobre su boda con Crates, nuestro Pierre Petit[151] escribió un egregio poema, dedicado a Ferdinand von Fürstemberg, obispo de Paderborn y Múnster, mecenas de los literatos. Pues se celebraron estas nupcias en el Pecile, celebérrimo pórtico de Atenas. Nos transmitió esto Clemente de Alejandría en el libro IV de los *Stromata*. Laercio escribió sobre la vida de Hiparquia,[152] por ello se sabe que ésta fue una cínica muy auténtica, es decir, enemiga de la vergüenza, pues con Crates incluso usaba públicamente del matrimonio, lo que es sorprendente en una mujer, pues las mujeres son amantes del pudor y, como decía Démades[153] en Estobeo, el pudor en la mujer es la cima de la belleza.

Hiparquia escribió, según el testimonio de Suidas, *Hipótesis filosóficas* y unos *Epiqueremas*, así como *Cuestiones a Teodoro llamado el Ateo*.

Se conserva en el libro III de la *Antología* este epigrama de Antípatro,[154] dedicado a Hiparquia y titulado «A las mujeres»:

> Yo, Hiparquia, no seguí las costumbres del sexo femenino, sino que con corazón varonil seguí a los fuertes perros. No me gustó el manto sujeto con la fíbula, ni el pie calzado y mi cinta se olvidó del perfume. Voy descalza, con un bastón, un vestido me cubre los miembros y tengo la dura tierra en vez de un lecho. Soy dueña de mi vida para saber tanto y más que las ménades para cazar.

Peripatéticas

La hija de Olimpiodoro (siglo vi). Narra el napolitano Marino en la *Vida de Proclo* que cuando Proclo de Licia fue a Alejandría a escuchar a Olimpiodoro, celebérrimo filósofo alejandrino, para conocer la doctrina aristotélica, éste apreció tanto ese gesto que quiso que desposara a su hija, también instruida en la filosofía. Suidas cuenta las mismas cosas, tomadas de Marino al pie de la letra.

Olimpiodoro vivió en el reinado de Teodosio II, al que dedicó el libro xxii de sus *Comentarios históricos*, de los que tenemos extractos en Focio. Escribió la *Vida de Platón*,[155] editada por Méric Casaubon como apéndice a mis *Observaciones a Laercio*. También escribió *Comentarios a los cuatro libros meteorológicos de Aristóteles*, editados en folio por Aldo Manuzio, en Venecia, en el año 1551, con los escolios de Juan Filopón al libro i. La traducción latina de estos cuatro libros realizada por el escritor Juan Bautista Camozzi apa-

reció en Venecia, en folio, entre los años 1555 y 1557. El comentario del propio Olimpiodoro al *Filebo* de Platón, con la signatura 2580, así como los comentarios al *Gorgias*, al primer *Alcibíades* y al *Fedón*, con las signaturas 2102 y 2103, escritos por la mano de aquel celebérrimo calígrafo que fue Ángel Vergerio, se encuentran en la Biblioteca Real. Asimismo hay otro comentario al *Filebo* y al *Fedón*, escrito en el año 1536 y con la signatura 2101.

Teodora (siglo vi). El sirio Damascio Damasceno le dedicó su libro sobre el filósofo Isidoro. Al respecto Focio, en su *Biblioteca*, dice:

> Pues disponiéndose a escribir la *Vida de Isidoro*, dedicó la obra a una mujer, Teodora, que seguía el culto de los paganos y era experta en la doctrina filosófica y en todas las cosas que requieren talento, como la poética o la gramática. También se aplicaba a la especulación de la geometría y de la aritmética. En varias ocasiones el propio Isidoro y Damascio habían enseñado a ésta y a sus hermanas más jóvenes. Teodora fue hija de Cirina y de Diógenes, hijo de Eusebio, nieto de Flaviano. Procedía del linaje de Sampsigeramo y Monimo, de los cuales también descendía Jámblico, varones de primera fila en la superstición idólatra.

Esto dice Focio en la sección 181. De paso observamos que en la sección 242 Focio también cita unos extractos de la *Vida de Isidoro*. De igual forma hizo referencia a las *Dictiaca*, de Dionisio Egeo,[156] en dos lugares, a saber, en la sección 185 y en la 211. Recientemente consulté sobre esto a Henri de Valois, varón doctísimo donde los haya, quien me respondió que cree que estos extractos que hoy se leen en la *Biblioteca* de Focio no son de un solo escritor.

Suidas considera estoico al filósofo Damascio Damasceno, pero como éste es para otros peripatético, según el testimonio de Jonsius,[157] autor doctísimo y muy escrupuloso de la *Historia filosófica*, hemos considerado que nuestra Teodora, discípula suya, debe ser contada entre las filósofas peripatéticas.

Lo que dice Focio respecto al hecho de que esta nuestra Teodora cultivaba la gramática me lleva a indicar a los lectores que las mujeres también estudiaban dicha disciplina. La gramática Hestiea es citada por Pseudodídimo en el comentario al canto III de la *Ilíada*.[158]

Epicúreas

Temista (siglos iv-iii a. C.). Temista o Temisto de Lámpsaco, esposa de Leonteo de Lámpsaco, hija de Zoilo de Lámpsaco, según Clemente en el libro iv de los *Stromata*.[159] Con ella Leonteo tuvo un hijo de nombre Epicuro, según nos cuenta Laercio. Pero nuestro Gassendi el Feliz, en el libro i, capítulo viii de la *Vida y costumbres de Epicuro*,[160] comete el error de llamar Leoncio a Leonteo. Zoilo de Lámpsaco es distinto del Zoilo «azote de Homero», que era de Anfípolis. Por lo que dice Laercio en su «Epicuro»[161] sabemos que Temista fue amiga de Epicuro. También allí este autor menciona dos epístolas que Epicuro le escribió a Temista. En una de éstas se dirige a ella así: «Yo soy aquel que, si tú no vienes a mí, podría ser impulsado hacia ti incluso sobre ruedas».

«Aunque seas más sabia que Temista», dijo Tulio Cicerón en su *Discurso contra L. Calpurnio Pisón*,[162] y sobre esto hay que consultar a Gassendi en el

libro VII, capítulo V, de la *Vida y costumbres de Epicuro*. Ésta es la Temista de la cual Lactancio, en el libro III, capítulo XXV, de las *Instituciones*,[163] dice que es la única mujer filósofa. Lo mismo escribió Dídimo a propósito de la pitagórica Teano. Sobre esto ved más adelante en las pitagóricas.

Leoncio (siglos IV-III a. C.). En la forma del diminutivo, Leontario, meretriz ateniense, amiga de Epicuro. Laercio, en «Epicuro», menciona una epístola que aquél dirige a ella y que dice así: «¡Dioses inmortales, pequeña Leoncio, con cuánta aclamación y aplauso leemos tu carta!».[164]

Según Laercio fue también amiga del ateniense Metrodoro, uno de los ilustres discípulos de Epicuro. Ateneo en el libro XIII[165] nos informa que Leoncio también fue amiga de Hermesianacte de Colofón, poeta elegíaco. Asimismo, testifica que por ella éste escribió muchos libros de elegías, del tercero de los cuales cita ciento seis versos. Debido a ello se sabe el período en el que vivió Hermesianacte, al que Gerhard Johann Vossius, en su opúsculo sobre los poetas griegos,[166] ubicó entre los poetas de época incierta. Se trata, pues, del mismo Hermesianacte de Colofón que redactó un egregio poema, recordado por Pausanias.[167] Plinio, en el libro XXXV, capítulo XI, escribió que Leoncio fue pintada por Teodoro en actitud pensante, lo que sirve de argumento al hecho de que se dedicara a las meditaciones filosóficas.

Leoncio escribió contra Teofrasto. Sobre esto Tulio, en el libro I de su *De la naturaleza de los dioses*, dice:[168]

> ¿Acaso, creyendo en sus sueños, Epicuro, Metrodoro y Hermaco hablaron contra Pitágoras, Platón, Empédocles, y también una pequeña meretriz, Leoncio, se atrevió a escribir contra Teofrasto? Además, ella lo hizo con un hábil discurso ático, pero sin embargo…

Y Plinio en su prefacio dice:[169]

> En verdad no sabría cómo decir que una mujer ha escrito contra Teofrasto, hombre tan destacado en elocuencia que ha merecido el nombre de divino, y de esto ha surgido el proverbio de «elegir un árbol para colgarse».

Según dice Ateneo en el libro citado y en el que le sigue, Leoncio tuvo una hija, Danae, que también fue una célebre meretriz, amante de Sofrón, prefecto de Éfeso.

Teófila (siglos IV-III a. C.). De la que Marcial, en el libro VII, en el epigrama a Canio, dice así:[170]

> Ésta es aquella Teófila prometida a ti, Canio, cuyos pechos atenienses rebosan de dones. El jardín ático del gran viejo la reclama para sí en

> justicia y la secta estoica también quiere que sea suya. Perdurará cualquier obra que emitas a través de sus oídos, pues tiene un juicio no femenino ni vulgar. Que tu Pantenis no se ponga demasiado por delante de ella, aunque el coro de las musas la conozca bien. La amorosa Safo elogia sus poesías. Pero Teófila es más casta y no menos sabia.

Nadie ignora que Epicuro filosofó en un jardín.

Estoicas

En los libros antiguos no he encontrado ninguna mujer estoica de profesión. Pero puesto que el estoico Apolonio, según el testimonio de Focio en su *Biblioteca*,[171] escribió el libro sobre las mujeres que han sido filósofas, es verosímil, al menos así lo creo, que entre éstas haya más de una estoica de profesión, aunque la apatía que los estoicos predicaban se encuentre raramente en las mujeres. «La mujer ama u odia, no hay término medio», decía Publio de Siria.[172] Pero me parece que el estoico Apolonio no es otro que Apolonio Calcedonio o Calcideno o Calcídico, filósofo estoico, preceptor del emperador Marco Aurelio, del cual nos hablan Eusebio en su *Crónica*[173] y Capitolino en *Marco*[174] y el propio Marco Aurelio en el libro I de la obra en la que habla de sí mismo.[175] En efecto, hay que traducir el título de dicha obra como *De sí mismo*, y no como vulgarmente lo traducen, esto es, *Acerca de su vida*, aunque Suidas lo llama

de esta manera cuando dice que Marco escribió doce libros *Acerca del curso de su vida*. También Capitolino recuerda a este mismo Apolonio en *Antonino Pío*.[176] No tengo reparos en citar sus palabras para aclarar estas cosas:

> Cuando Apolonio, a quien hicieron venir de Calcis, fue convocado para que educara a Marco Antonino, que habitaba en la mansión de Tiberio, dijo: «No debe venir el maestro al discípulo sino el discípulo al maestro», Marco Antonino rió y replicó: «Ha sido más fácil a Apolonio venir de Calcis a Roma que de su casa al palacio».

Lo mismo le ocurrió a Malec, de quien se dice que, invitado por el califa Harún al-Rashid a ir a su casa para instruir a sus hijos en los saberes, contestó: «La ciencia es buscada, no busca». Y al-Rashid le dijo: «Respondes correctamente», y mandó que sus hijos fueran al templo para que, junto con los otros, escucharan a Malec. Lo cuenta Edward Pococke en sus *Historias árabes*.[177]

Porcia († 42 a. C.). Hija de Catón, esposa de Bruto. Plutarco en «Bruto» la llama «filósofa». Su historia es demasiado conocida para que yo deba narrarla aquí.

Arria (†42). Esposa de Cecina Peto, su hija **Arria** (*fl.* 66), esposa de Trasea, y **Fania** († *ca.* 108), hija

de Trasea y esposa de Helvidio, fueron filósofas estoicas, aunque no de profesión, según la opinión unánime. Sus historias son también demasiado conocidas para ser narradas aquí.

Teófila (siglos IV-III a. C.). De ella se ha hablado en el apartado sobre las epicúreas.

Es evidente que las mujeres romanas leían los libros de los estoicos, así lo demuestra Flaco[178] en el épodo octavo: «¿Qué pasa con los libros estoicos, que les gusta yacer entre cojines de seda?».

Pitagóricas

Hubo tantas mujeres pitagóricas que sobre ellas escribió un volumen Filocoro, gramático ateniense, según el testimonio de Suidas, que al tratar sobre Filocoro llama a este libro *Selección de mujeres heroicas*.

Filocoro vivió en tiempos de Eratóstenes (a quien llegó a conocer, siendo éste un anciano y aquél un adolescente), es decir, en tiempos de Ptolomeo Filopátor. Asombra que haya habido tantas filósofas pitagóricas, siendo que los pitagóricos guardaban silencio durante cinco años y no les era permitido divulgar los muchos secretos que tenían, y siendo que la mayoría de las mujeres son habladoras y apenas pueden guardar un secreto. Los hombres creían que Pitágoras era de naturaleza divina, de modo que le llevaban a las esposas y a las hijas para que las instruyera. Laercio y Porfirio aportan su testimonio. Hermipo escribe, según Laercio, que éstas son llamadas «pitagóri-

cas». También se cita allí a Cratino y su obra *La pitagorizante*.[179] De donde se deduce que las mujeres pitagóricas fueron caricaturizadas por los comediógrafos.

Los nombres de pitagóricas que hemos podido recoger son éstos:

Temistoclea (siglo vi a. C.). Hermana de Pitágoras, si damos crédito a Laercio y a Suidas. Las palabras de Laercio en su «Vida de Pitágoras» son las siguientes: «Aristoxeno dice que Pitágoras aprendió de su hermana Temistoclea la mayoría de las doctrinas morales».[180] Esta lectura, según la versión de Aldobrandini,[181] se confirma por la autoridad del más antiguo códice farnesio. Suidas se muestra de acuerdo con eso en *Pitágoras*, pero llama Teoclea a quien Laercio menciona como Temistoclea («Aprendió los preceptos morales de su hermana Teoclea»). Sin embargo, para decir la verdad, prefiero leer en Laercio y en Suidas, según Aldobrandini, «de ella en Delfos», esto es, «de ella que era sacerdotisa de Apolo en Delfos». Así, en la «Vida de Pitágoras», de Laercio, se lee: «como se ha mencionado antes [el discurso es de Aristoxeno, del que se ha hecho mención anteriormente y hay que subrayar el "como se ha dicho antes"], recibió sus preceptos de Temistoclea de Delfos (Δελφοις)». Aunque aquí Casaubon en sus *Notas* y Escalígero al margen del códice sustituyeron Δελφοις por αδελφης («su hermana») en el

lugar antes citado. Pero, como he dicho, es mejor «la de Delfos», por una parte, porque los antiguos legisladores solían fingir que ellos habían recibido sus leyes de los dioses. Así Licurgo consultaba a Apolo, Rómulo a Consus, Numa a la ninfa Egeria. Por otra parte, porque los hombres decían que Pitágoras a menudo recibía la visita de Apolo, según el testimonio de Suidas. De este modo, pues, sería más creíble que Pitágoras hubiera atribuido sus decretos a la sacerdotisa de Apolo, poseída por la divinidad, que a su hermana, que no representaba ninguna autoridad. Además, si Pitágoras hubiera tenido una hermana tan docta y erudita a la que se le hubieran podido atribuir los preceptos de éste, alguien recordaría su nombre. Pero nadie, excepto Laercio y Suidas, lo recuerda, ni Porfirio, ni Jámblico, ni el anónimo, aunque todos ellos escribieron una *Vida de Pitágoras*. Pero lo que confirma la corrección de Aldobrandini es que Porfirio escribió en la *Vida de Pitágoras*[182] que este filósofo enseñó lo que según decía había oído de Aristoclea en Delfos: «decía haber oído estas cosas de Aristoclea de Delfos». Notará el lector, de paso, la variedad de las versiones. Porfirio llama Aristoclea a quien Laercio menciona como Temistoclea y Suidas como Teoclea.

Teano (siglo vi a. C.). La más famosa de las pitagóricas según Porfirio,[183] que la hace hija de Pitonacte y de estirpe cretense. Pero Laercio y Suidas

dicen que es hija de Brotino o más bien de Brontino de Crotona. Según Clemente de Alejandría, también Dídimo en el libro *La filosofía pitagórica* la considera de Crotona. Añade Laercio que fue esposa de Pitágoras, mientras que otros, esposa de Brontino y discípula de Pitágoras. Asimismo, Porfirio dice que fue esposa de Pitágoras. Pero el autor anónimo de la *Vida de Pitágoras*, según Focio, la considera hija y discípula del filósofo. Hermesianacte de Colofón, poeta elegíaco citado anteriormente al hablar de Leoncio, se suma a la opinión de los que hacen a Teano esposa de Pitágoras. Pues en la tercera elegía que escribió en honor de Leoncio, meretriz ática, su amante, al enumerar a los que amaron vehementemente dice que Teano ardió en amor insano por Pitágoras. Sus palabras, según el libro XIII de Ateneo, son las siguientes:[184]

> Con esta locura se encadenó Teano a Pitágoras, que descubrió las circunvoluciones y enlaces de las líneas geométricas y calculó en una pequeña esfera el éter que rodea el mundo y todas las cosas.

De Pitágoras tuvo dos hijos, Telauges y Damon, y, según dicen algunos, Mnesarco. Según Suidas, tuvo dos hijas, Mía y Arignota. Asimismo Malco, o Porfirio, menciona dos hijos de Pitágoras, Arimnesto y Telauges, y otras tantas hijas, Mía y Arig-

nota. Pero también Damo fue hija de Pitágoras, como se explicará más adelante.

Telauges fue maestro de Empédocles, según Suidas. Es citado por Laercio en la «Epístola a Filolao»[185] y, referente a ésta, hay que ver el «Empédocles» del propio Laercio.[186] Escribió, según el testimonio del mismo Suidas, cuatro libros del *Quaternio*. Para saber qué es el *Quaternio* se ha de consultar la *Disertación sobre la Tetracti pitagórica* de Godfried Wendelin.[187] También citan a Telauges el emperador Marco Aurelio Antonino, en el libro VII según nuestra corrección, y el autor del librito *Sobre la interpretación*, que es falsamente atribuido a Demetrio Falerio. Sabemos por Laercio en «Esquines el socrático»[188] y por el libro V de Ateneo[189] que Esquines escribió un diálogo titulado *Telauges*. Por favor, ved nuestros comentarios a Laercio en el lugar citado.

Volviendo a Teano, se dice que, al interrogársele sobre el tiempo que tarda una mujer en purificarse después de haber mantenido relaciones íntimas con un varón, ésta respondió: «inmediatamente, si es con el varón propio; nunca, si es con otro».[190] Además de Plutarco en los *Preceptos conyugales* y de Clemente en el libro IV de los *Stromata*, dan su testimonio Laercio y Suidas. Estos últimos añaden que Teano exhortó a las mujeres que habían de casarse a que depusieran el pudor junto con los vestidos. Plutarco condena este consejo en aquel excelente librito titulado *Preceptos*

conyugales, en el que atribuye a Heródoto dicha recomendación.

> No correctamente —dice— es aconsejado por Heródoto que la mujer se desnude de su vergüenza junto con su túnica, pues la que es casta, quitado el vestido, se viste de vergüenza en su lugar.

La cita de Heródoto está al principio del libro I. Sus palabras son: «Al quitarse sus vestidos la mujer se desnuda también de su pudor». Este consejo, para decirlo de paso, lo atribuyó Michel de Montaigne, en el libro I, capítulo XX, de sus *Ensayos*,[191] a la nuera de Pitágoras, evidentemente por un fallo de memoria.

En una ocasión, uno que observaba a Teano indiscretamente mientras ésta se arreglaba la túnica y, por casualidad, mostró el codo, le dijo: «Hermoso codo». Ella respondió: «Pero no público». Explican esta anécdota Plutarco en los *Preceptos conyugales*, Clemente de Alejandría en el libro IV de los *Stromata* y Ana Comnena en el libro XII de la *Alexiada*. Añade Plutarco que, de la mujer pudorosa, no tan sólo el codo, sino tampoco el discurso deben ser una cuestión pública.

La propia Teano, interrogada sobre cuál es el deber de la mujer casada, respondió: «Complacer a su marido». Plutarco narra la anécdota en el lugar citado. Esto me trae a la mente la cita de Dión en

el *Económico*, donde dice que la virtud de la mujer reside en el amor por su marido.

Teano escribió mucho. Estobeo aporta un fragmento de su libro *Sobre la piedad*,[192] del que aprendemos que Pitágoras consideraba que todas las cosas se originan no de los números, como quiere la mayoría de los griegos, sino según los números. Clemente de Alejandría dice que Teano escribió poemas. Se ha conservado uno de ellos escrito en versos épicos, según el testimonio de Suidas. Pólux, en el libro x, capítulo III, cita una epístola de Teano a Timarete.[193] Algunas epístolas se conservan bajo su nombre, según Henri Estienne,[194] en la edición de Laercio, con el título de *Epístolas de Teano, que fue declarada hija de la sabiduría pitagórica*. De éstas Lucas Holstenius ofreció al dominio público cuatro cartas distintas, a partir del códice vaticano, en sus notas a la *Vida de Pitágoras*, escrita por el autor anónimo.[195] Entre dichas epístolas se encuentra una destinada a Timeonide, en la que Teano lo reprende así:

> ¿Por qué me calumnias continuamente? ¿Acaso no sabes que nosotros te hemos alabado siempre, aunque tú hagas lo contrario? Pero también tienes que saber esto: aunque te alabemos, nadie nos cree. Y aunque tú nos calumnies, nadie te presta oído.

Cosas semejantes tiene Libanio en la epístola a Aristeneto.[196] «Tú ciertamente hablas mal de nosotros y yo, por cierto, te alabo. Pero ni a ti ni a mí nos muestra nadie confianza.» Así pues no sustraje a Buchanan[197] la agudeza de este epigrama como quieren algunos, sino que lo tomé de Teano y de Libanio: «Inútilmente, oh Zoilo, tú me calumnias y yo te alabo. Nadie cree ni mis palabras ni las tuyas».

Una vez muerto Pitágoras, su marido, Teano se encargó de dirigir la escuela pitagórica con sus hijos Telauges y Mnesarco, según el autor Teodoreto en el libro II de *Terapéuticos*.[198]

Dídimo dice en el libro *La filosofía pitagórica*, según el testimonio de Clemente de Alejandría, que Teano fue la única mujer filósofa y que escribió poemas: ambas cosas falsas.[199]

Plutarco la recuerda con honor en los *Preceptos conyugales a Eurídice;* sus palabras suenan así:[200]

> No puedes conseguir las perlas de una mujer rica o los vestidos de seda de una extranjera y adornarte con ellos si no los compras con mucho dinero, pero los ornamentos de Teano, de Cleobulina, de Gorgos, que fue la esposa de Leonida, de Timoclea, la hermana de Teágenes, de aquella antigua Claudia, de Cornelia, hermana de Escipión y de otras mujeres de ilustre fama, te es posible conseguirlos gratis, adornarte con ellos y vivir una vida gloriosa y feliz.

Ved más adelante en Timica y antes en Eudocia, esposa del déspota Constantino Paleólogo.

Luciano, en sus *Imágenes*, subraya en ella la grandeza de ánimo.[201]

Mía (siglos VI-V a. C.). Hija de Pitágoras y Teano, según Clemente en el libro IV de los *Stromata*, Laercio, Porfirio y Suidas en sus respectivas vidas de Pitágoras. Es considerada esposa de Milón de Crotona, según afirma Jámblico al final de la *Vida pitagórica*. Pero parece que el propio Jámblico se ha corregido en el libro II, capítulo XXX, de esta misma biografía, cuando dice que una hija de Pitágoras se casó con Menón de Crotona, pues este Milón de Crotona no es otro que aquel Milón en cuya casa se quemó Pitágoras. Por tanto, el «Mylon» que se menciona en las ediciones laercianas es un error del copista. En el códice real aparece como «Milón». Y así Casaubon[202] corregía la edición de Laercio y Rittershausen[203] la de Porfirio. De esta corrección no nos permite dudar la siguiente cita de Porfirio, procedente de la *Vida de Pitágoras:* «estando los amigos de Pitágoras reunidos en casa del atleta Milón [...]».[204] Y Estrabón en el libro VI[205] confirma completamente esta lectura: «Y Milón, el más célebre de los atletas, discípulo de Pitágoras». Pero si los pitagóricos se abstenían de comer animales, ¿cómo pudo ser pitagórico aquel ilustre atleta de quien se dice que se comió un toro entero en un solo día? Gelio responde, y éstas son sus palabras

en el libro IV, capítulo XI:[206] «Se estableció y se propagó una antigua opinión falsa, a saber, que el filósofo Pitágoras no comía animales».

Pienso que es a Mía a quien Porfirio se refiere cuando en la *Vida de Pitágoras*[207] recuerda que, según Timeo,[208] la hija de Pitágoras dirigía un coro de vírgenes cuando era doncella y, una vez desposada, un coro de mujeres. Jámblico, en el libro I, capítulo XXX de la *Vida pitagórica,* está de acuerdo con todo esto, así como san Jerónimo en el libro I de *Contra Joviniano*. Timeo añade que los habitantes de Crotona convirtieron la residencia de la muchacha en templo de Ceres y llamaron Santuario de las Musas al callejón donde vivía.

Luciano, en el *Elogio de la mosca*,[209] después de recordar a Mía, hermosa y docta poeta (hay que tener en cuenta que era de Tespis, no de Esparta), y a otra Mía, la más célebre meretriz ateniense, añade que él también tendría muchas cosas que decir de la pitagórica Mía si no fuera que su historia es conocida por todos. Hoy esta historia se ignora. Preferiría que Luciano no se hubiera abstenido de publicarla. Ocurrió con Luciano lo mismo que con Tácito,[210] que dice acerca de Séneca:

> También en sus últimos momentos, haciendo gala de su elocuencia, convocados los secretarios, pronunció la mayoría de las cosas que, dadas a conocer al público con sus propias palabras, me abstengo de repetir.

Estas últimas palabras de Séneca se perdieron, con gran perjuicio para la filosofía.

En los fragmentos pitagóricos, editados por Henri Estienne,[211] y en las *Epístolas griegas*, cuya traducción al latín se atribuye erróneamente a Jacques Cujas,[212] se conserva, bajo el nombre de la pitagórica Mía, una epístola dirigida a una tal Filis que trata de la elección de la mejor nodriza.

Arignota (siglos vi-v a. C.). De Samos, hija de Pitágoras y Teano y también discípula de aquél. Fue una escritora prolífica. Escribió, dice Suidas, las *Báquica*s, es decir, unos epigramas sobre los *Misterios de Ceres*, o cantos sagrados, así como los *Orígenes de Baco* y otras obras filosóficas. Clemente de Alejandría testifica que escribió sobre Dionisio.[213] Pero parece que las *Báquicas* que Suidas hace coincidir con los *Misterios de Ceres* son una obra distinta. Según el testimonio de Porfirio en la *Vida de Pitágoras*,[214] los escritos pitagóricos de Arignota sobrevivieron a su época. Pitágoras era de Samos, nadie se admire de que Arignota, su hija, asimismo lo fuese. Suidas también atribuye dicha procedencia a Telauges, hijo de Pitágoras.

Damo (siglos vi-v a. C.). Hija también de Pitágoras, según el testimonio de Porfirio en la *Vida de Pitágoras*. Esto mismo afirma el pitagórico Lisis en la *Epístola a Hiparco* (o Hipaso).[215] Así repren-

de el filósofo pitagórico a Hiparco, o Hipaso, en aquella epístola:

> Muchos afirman que tú filosofas en público, algo que prohibió Pitágoras, quien, al confiar a su hija Damo sus *Comentarios*, ordenó que no los transmitiera a ningún extraño. Y aunque Damo los podía vender por mucho dinero, rehusó hacerlo, pues valoraba la pobreza y los preceptos paternos más que el oro.

Al recoger, en griego, estas palabras de Lisis en la «Vida de Pitágoras», Laercio añadió, como si perteneciera a Lisis, lo siguiente: «aunque fuera una mujer».[216] La propia epístola de Lisis, en la que esto último no aparece, demuestra que estas palabras no son de él. Pues ésta se conserva entera en *Besarión contra Trapezuntio*[217] y en los fragmentos pitagóricos antiguos de Henri Estienne publicados al final de Laercio. Fue Lisis el más célebre de los discípulos de Pitágoras, y, según el testimonio de Plutarco, el más querido de Epaminondas, de quien fue maestro.[218] Los *Versos áureos* de Pitágoras le están dedicados. Por todo esto se puede comprender que esta epístola suya sea un precioso tesoro de la Antigüedad. Pero no menos preciosos son los restantes fragmentos de la colección de Estienne. Con razón se admira y al mismo tiempo se indigna Gerhard Johann Vossius, en el libro *Escuelas*

filosóficas,[219] a causa de que éstos no sean consultados con frecuencia.

Casi pasé por alto lo que más convenía decir, que Damo, cuando estaba al final de su vida, envió a su hija Bistalia aquella epístola de Pitágoras en la que éste prohibía que sus *Comentarios* fueran transmitidos a ningún extraño. Son las palabras de Lisis en las que comúnmente se lee mal «moribunda». San Jerónimo, al final de *Contra Rufino*, retomó esta prohibición de Pitágoras con estas palabras:[220]

> Así pues, aunque no pudiera mostrar que se conservan los fragmentos del propio Pitágoras, no refutaría los presentados por el hijo, por la hija o por los demás discípulos de aquél.

Sara (siglos vi-v a. C.). El autor anónimo de la *Vida de Pitágoras* dice que ésta también fue hija de Pitágoras.

Timica (*ca.* siglo iv a. C.). Lacedemonia, esposa de Milias de Crotona. Jámblico, en el último libro de la *Vida pitagórica*, pasa revista a las quince pitagóricas más ilustres, entre las cuales la cita en primer lugar. Porfirio, en su *Vida de Pitágoras*, donde cuenta la historia de Fintia y Damon, célebre pareja de amigos, añade: «Hipoboto y Neantes han contado la historia de Milias y Timica».[221] Esta historia se echa de menos en Porfirio porque en

esta parte el códice está mutilado. Pero se puede suplir a partir del capítulo I de la *Vida pitagórica*, de Jámblico:

> Cuando esta pareja de pitagóricos fue capturada y llevada a la presencia del tirano Dionisio, éste les hizo una propuesta inmejorable, les ofreció que aceptaran compartir el reino. Pero después de que ellos rehusaran esta magnífica oferta del tirano, éste preguntó primero al hombre y luego a la mujer por qué causa los pitagóricos preferían afrontar la muerte antes que pisotear un campo de habas. Tan pronto supiera su respuesta, les prometió una muy digna liberación, si no querían quedarse con él. Entonces, sin titubear en absoluto, Milias dijo: «Algunos prefirieron morir antes que pisar un campo de habas, pero yo, para no ser forzado a revelarte el motivo, prefiero pisar un campo de habas». Habiendo apartado al hombre, el tirano se dirigió a Timica, pues confiaba en que conseguiría información más fácilmente por medio de ella a causa de la debilidad de su sexo, porque estaba embarazada en aquella época y, además, porque la amenazaba con la tortura. Pero su esperanza resultó basarse en una idea totalmente equivocada. Pues Timica, con una muestra de obstinación sorprendente, habiéndose cercenado la lengua con los dientes, la escupió a la cara del tirano para no revelar, acaso

vencida por la violencia de las torturas, lo que debía quedar en silencio.

San Ambrosio recogió esta historia en el libro II, capítulo IV, de su *De la virginidad*,[222] con estas palabras:

> Una de las jóvenes pitagóricas es celebrada por esta leyenda. Cuando fue forzada por un tirano a traicionar un secreto, para no permitir que le sacara la confesión por la fuerza de la tortura, se cortó la lengua de un mordisco y la escupió a la cara del tirano, de manera que no pudiera continuar interrogándola el que no paraba de hacerlo. De fuerte ánimo, aunque, sin embargo, embarazada, ejemplo éste de que fue vencida por los deseos en su reserva y castidad, ella no pudo ser sometida por las torturas. Así pues, la que pudo guardar un secreto de la mente, no ocultó el oprobio del cuerpo.

Pero si esta pitagórica se había unido a un hombre en justo matrimonio, no había ninguna razón para que Ambrosio le reprochara un oprobio. Por esto es verosímil que el santísimo varón tomara esta historia de un escritor que la explicaba de manera distinta de Porfirio y de Jámblico.

En este punto observamos de paso que Tertuliano atribuye algo similar a Leena, una meretriz ateniense. Dice en el *Sermón a los mártires:*[223]

> ¡Así la cortesana ateniense no cedió al verdugo! Ella, conocedora de la conjuración, cuando fue interrogada por este motivo no traicionó a los conjurados y al final escupió a la cara del tirano su lengua, que se había cercenado de un mordisco, para que supieran que las torturas, aunque continuaran, no conseguirían nada.

Pero otros escritores que recuerdan la firmeza de Leena, como Plinio, Plutarco, Pausanias, Ateneo, no dicen nada de la lengua cortada por los dientes. Valerio Máximo, Plinio, Laercio y Filón el Judío lo atribuyen a Anaxarco; Livio, a Teodoro de Siracusa, y san Jerónimo a un joven, pero por otro motivo, en su *Vida de san Pablo, el primer eremita*, donde dice:

> Mandó que otro joven en la flor de la edad fuera conducido a unos agradables jardines, donde, entre blancos lirios y rojas rosas, serpenteaba un río, cuyas aguas producían un suave murmullo, y el viento, con un tenue silbido, rozaba las hojas de los árboles. Le ordenó que se tumbara sobre un lecho de plumas y lo ató con suaves lazos de seda para que no pudiera escapar de allí. Una vez retirados todos llegó una hermosa meretriz que empezó a abrazarlo por el cuello delicadamente y, lo que es una vergüenza decir, a palparlo con las manos… para luego, impúdica vencedora, echarse encima del

> cuerpo excitado por el deseo. El soldado de Cristo no sabía qué hacer ni hacia dónde girarse. Era superado por el placer aquel al que los tormentos no habían vencido. Finalmente, por una inspiración celestial, echó sobre el rostro de la que lo besaba su lengua cortada por un mordisco, y así la grandeza del dolor llegó a superar el sentido del placer.

Observamos también que esta historia de Timica es atribuida a la pitagórica Teano en un códice de la Biblioteca Real, con signatura 3280, folio 14. Las palabras del autor, que me refirió Charles Du Cange, hombre lleno de cortesía, ya que todavía no se ha editado aquel códice, son las siguientes:

> La pitagórica Teano, forzada por el tirano a revelar los secretos de su patria, se cortó la lengua de un mordisco y se la escupió a aquél, no queriendo hablar ni ser obligada a hacerlo. Y así, suprimida la lengua, órgano de la voz, con la voz confusa, no podía traicionar los secretos de la patria.

Filtis. Hija de Teofris de Crotona, hermana de Bidaco, según Jámblico.[224] A este Teofris y a este Bidaco no los he visto en ningún otro lugar.

Filtis es nombre de mujer, como Filtatio lo es de varón. Según Focio, el filósofo alejandrino Olimpiodoro cuenta que Filtatio, varón docto,

compañero suyo, inventó en Atenas el arte de encuadernar libros.[225]

Ocelo. De Lucania, según Jámblico.[226] Parece ser hija de Ocelo de Lucania, discípulo de Pitágoras del cual perdura el libro *Sobre la naturaleza del universo*.[227] Y no importa que este escritor sea llamado «Ocello» (Ωκελλος) en la edición de Commelinus,[228] en la de Bolonia y en el libro *Del mundo* de Filón,[229] y «Oicello» (Οικελλος) en varias lecturas de la edición commeliniana y en la mayoría de las ediciones de Diógenes Laercio, en el capítulo de Arquitas, y en el *Lapsus en la salutación* de Luciano.[230] Pues es evidente que «Ocello» (Οκελλος) es correcto a partir de las lecturas del libro I, capítulo XVIII de la *Égloga natural* de Estobeo: «En su *Sobre la ley* […] Ocello dice que la causa por la que sucede […]». También lo es por la cita de Jámblico en la *Vida pitagórica:* «Los hermanos Ocello y Ocilo de Lucania […]». Jámblico enumera a los pitagóricos de origen lucano. Asimismo, en la edición aldobrandina de Laercio se lee, en la *Epístola de Arquitas a Platón:* «Y llegamos a la tierra de los lucanos y nos encontramos con los hijos de Ocello». En este punto el manuscrito real pone «Occello» (Οκκελλω). Confirma la lectura «Occello», la palabra latina *ocellus*, que viene de οκελλος, así como *oculus* viene de οκυλος. Así pues, Ocello y Occello es lo mismo. Según Hesiquio οκκον es *ojo*, y esta lectura

es sospechosa de error en opinión de Vossius, como puede leerse en la voz *oculus* de su *Etimológico*. Οκκελλος es la forma del diminutivo de οκκος. De la misma manera, de οκος derivan Οκελλος y Οκυλος. *Ocellos* llamaban los romanos a los que tenían los ojos pequeños.

Censorino, en el libro sobre el *Día del nacimiento*, capítulo III, dice lo siguiente: «Pero aquella primera afirmación por la que se cree que el género humano ha existido siempre viene de Pitágoras de Samos, de Cerio de Lucania y de Arquitas de Tarento». Pero aquí debe leerse «Ocello de Lucania», como se ve en Paolo Manuzio en este fragmento, así como en Canter, en el libro I, capítulo XVII, de sus *Varias lecturas*.

Ecelo. De Lucania. Según Jámblico[231] parece que fue hija de Ecelo, como Ocelo lo fue de Ocelo. Siriano, en sus *Comentarios*[232] al libro XIII de la *Metafísica* de Aristóteles, menciona un libro de Ecelo sobre la naturaleza del universo. Nogarola, en la epístola a Adamo di Fumane, canónigo de Verona, sobre los ilustres varones italianos que escribieron en griego, consideraba, haciendo una conjetura verosímil, que aquél no es otro que el libro de Ocelo antes citado.[233] Sin embargo, un tal Eccelo el Pitagórico pudo haber escrito un libro con el mismo título que Occelo. De hecho, el pitagórico Arquitas también es mencionado por Simplicio, en su comentario a las *Categorías*[234] de

Aristóteles, como autor de una obra intitulada *Sobre el universo*,[235] y Suidas refiere que Timeo, filósofo pitagórico de Locri o Locris, escribió también sobre la naturaleza.[236]

Quilónide (siglo VI a. C.). Hija del lacedemonio Quilón, según Jámblico.[237] ¿Pero se tiene que interpretar que este Quilón Lacedemonio es el mismo Quilón Lacedemonio considerado como uno de los siete sabios de Grecia? Así parece razonablemente.

Teano (siglo VI a. C.). Esposa de Brontino de Metaponto, según Jámblico.[238] De ella hemos hablado con anterioridad. Fueron muchos los de Metaponto o metapontinos —pues está atestiguado que Estienne los llama de ambas maneras— que pertenecían a la escuela de Pitágoras: Brontino, Hipaso, cuya vida escribió Laercio,[239] y Metopo, del que Estobeo presenta un fragmento en su *Primer sermón*.[240]

Mía (siglos VI-V a. C.). Esposa de Milón de Crotona, según Jámblico.[241] La hemos mencionado antes.

Lastenia (siglo IV a. C.). Originaria de Arcadia, según Jámblico.[242] Parece que se trata de la misma Lastenia de Arcadia, perteneciente a la escuela platónica, de quien hemos tratado en el apartado

correspondiente a dicha escuela. De hecho, Platón tomó muchas cosas de Pitágoras, de manera que puede llamarse pitagórico. Laercio en su «Platón» dice que este filósofo mezcló razones de los heracliteos, de los pitagóricos y de los socráticos.[243] Y Aristóteles, en el libro I, capítulo VI, de la *Metafísica*, afirma que la doctrina de Platón sigue a los pitagóricos en muchos aspectos. Gelio refiere que Platón compró tres libros del pitagórico Filolao por diez mil denarios[244] y Laercio que adquirió uno solo por cuarenta minas alejandrinas.[245] Según el autor anónimo de la *Vida de Pitágoras*,[246] se dice que Platón aprendió de Pitágoras en Italia la filosofía contemplativa y natural. Pero ¿cómo pudo Platón haber oído a Pitágoras? Platón nació en la octogésimo octava olimpiada, según se señala en Laercio, y Pitágoras murió en la septuagésima olimpiada, según cuenta Eusebio en su *Crónica*.[247]

Habrotelia. Hija de Habroteles de Tarento, según Jámblico.[248] El escritor inglés Stanley la confunde con Lastenia de Arcadia en su historia de la filosofía.[249] Así pues, parece haber leído en Jámblico: «Lastenia de Arcadia, hija de Habroteles de Tarento».

Equecratia (siglo III a. C.). Originaria de Fliasia, según Jámblico.[250] Fue hija, por lo que sé, del filósofo pitagórico Equecrates de Fliasia, del que Laercio dice lo siguiente: «Los últimos pitagóricos fueron los que vio Aristoxeno: Xenofilo Cal-

cidense, de Tracia, Fanton de Fliasia, Equecrates, Diocles y Polimnesto, también de Fliasia».[251]

Tirsenis. De Síbaris, según Jámblico.[252]

Pisírrode. De Tarento, según Jámblico.[253]

Nesteadusa. De Lacedemonia, según Jámblico.[254] Y Stanley, que la considera hija de Nestiades, la confunde con Pisírrode.[255]

Boio. De Argos, según Jámblico.[256]

Babelima. De Argos, según Jámblico.[257]

Cleecma. Hermana del lacedomonio Autocáridas, según Jámblico.[258] Sin duda Autocáridas fue un hombre ilustre, pues Jámblico para hacer notable a Cleecma, dice que fue su hermana. Hoy no se sabe nada de él.

Hasta aquí, Jámblico, cuyas palabras presentamos abundantemente corregidas en relación con el modo en que fueron editadas, por una parte, por conjeturas, y por otra, teniendo en cuenta el manuscrito de la Biblioteca Real.

Las pitagóricas célebres son:

1. Timica, mujer de Milias de Crotona (hemos indicado antes que así se debe leer).

2. Filtis, hija de Teofris de Crotona, hermana de Bidaco.
3. Ocelo de Lucania.
4. Ecelo de Lucania.
5. Quilónide, hija del lacedemonio Quilón.
6. Teano, mujer de Brontino de Metaponto.
7. Mía, mujer de Milón de Crotona.
8. Lastenia de Arcadia.
9. Habrotelia, hija de Habroteles de Tarento.
10. Equecratia de Fliasia.
11. Tirsenis de Síbaris. Consideramos que hay que leer Tirsene de Sibaris.
12. Pisírrode de Tarento.
13. Nesteadusa de Lacedemonia.
14. Boio de Argos.
15. Cleecma, hermana de Autocáridas de Lacedemonia.

Diríais que hay que leer «en total dieciséis», pero es que se ha perdido el nombre de la décima, que sería Babelima de Argos.[259]

Son nuestros los números añadidos a los nombres de las mujeres pitagóricas, advierto de esto a los lectores para que nadie piense que se encuentran en el códice real.

Fintis (siglo III a. C.). Sabemos que fue hija de Calícrates y pitagórica por los extractos de Estobeo en el Sermón 72. Escribió *Sobre la templanza de la mujer*. Un fragmento no corto de su librito

nos transmite Estobeo, o mejor dicho Estobense, porque Henri de Valois muestra que así hay que transcribir este nombre, y esto viene confirmado por Holstenius en su comentario a Esteban de Bizancio sobre Estobeo.[260]

Perictione. Es citada más de una vez por Estobeo, el cual la llama pitagórica. Escribió *Sobre la sabiduría*. Él recoge dos fragmentos célebres de este librito, escritos en dórico. Por ello, cabe suponer que su opúsculo *Sobre la armonía de las mujeres*, del que hace mención, también debiera estar escrito en dórico. Focio, en su *Biblioteca*, incluye a Perictione entre los filósofos de los que Estobeo extrajo sus máximas. Allí aparece otra forma de nombrarla, «Perictouiones», que es errónea, pues «Perictouiones» no es un nombre griego. La madre de Platón se llamaba Perictione.[261]

Melisa. Perdura de esta Melisa una epístola a Clareta,[262] escrita en dórico, sobre los vestidos de las mujeres honestas. En ella afirma que el rostro de las mujeres honestas debe ser adornado sólo por el color rojo, el color que proviene del pudor. Así pues, el rubor es el color de la virtud. Esto decía Diógenes el Cínico a un adolescente al que veía ruborizarse, según consta en el «Diógenes el Cínico» de Laercio.[263] Pero también Sinesio, en su *Discurso del reino*, cuando trata del rubor expone lo siguiente: «El color que proviene de la penitencia

de los actos promete a su vez alguna virtud».[264] Y Pitias, hija de Aristóteles, preguntada sobre qué color era el más hermoso, respondió: «El que por vergüenza aparece en los ingenuos». Estobeo recoge esta cita en su *Sermón sobre la vergüenza*. Consultad a san Ambrosio, libro I, capítulo VI, de *Sobre la virginidad*.

Esta epístola de Melisa fue publicada entre las cartas de los pitagóricos. Por ello, se deduce que esta Melisa nuestra fue de la escuela pitagórica.

Plutarco, en su «Pericles», recuerda a Meliso, prefecto de samos, varón dedicado a la filosofía, miembro de la familia, según parece, de nuestra Melisa.[265]

Ródope. Cuatro epístolas de la filósofa pitagórica Teano, extraídas del códice vaticano, se encuentran (ya lo hemos dicho) en las Observaciones de Lucas Holstenius a la *Vida de Pitágoras* escrita por un autor anónimo. La última de estas epístolas fue escrita a Ródope, la filósofa, y por esto deducimos que fue pitagórica. No me atrevería a asegurar que todas estas epístolas son de Teano, esposa de Pitágoras. Consta que esta de la que hablamos no es auténtica. En ella, Teano se excusa ante Ródope porque todavía no le ha enviado el libro de Platón sobre las Ideas titulado *Parménides*. Teano, esposa de Pitágoras, vivió varios años antes que Platón.

Así pues, nuestra Ródope es otra distinta de la Ródope de Tracia, esclava de Jadmon, compañera

de esclavitud de Esopo, amante del hermano de Safo, Carax, cortesana muy célebre de la que habla Heródoto en *Euterpe*[266] y Ateneo en el libro XIII.[267]

Ptolemaide (siglos II-III). De Cirene. Porfirio la cita en su *Comentario a la teoría de la armonía de Ptolomeo* sobre la institución pitagórica de la música.[268] El manuscrito de este libro de Porfirio se conserva en la Biblioteca Real y en la Vaticana. Los pitagóricos cultivaron mucho la música, según el testimonio de Moderato de Cádiz,[269] erudito que reunió las opiniones de los pitagóricos en once libros, según consta en el libro *Vida de Pitágoras* de Porfirio. Observamos aquí de paso que Moderato vivió en tiempos de Nerón, según nos informa Plutarco en el libro VIII, capítulo VII, del *Symposiacon*.[270] No se sabe en qué época Ptolemaide vivió en Cirene. Desde el momento en que Porfirio, que vivió bajo el imperio de Aureliano, se vale de su testimonio, consta que ella existió antes que él. Quizás fuera contemporánea de la emperatriz Julia Domna. Es verosímil que, por su ejemplo, muchas mujeres se dedicaran a los estudios. Pero en ese entonces, hacía tiempo que la escuela pitagórica había desaparecido. En su *Vida de Pitágoras*, Porfirio se pregunta, con razón, por qué la filosofía pitagórica ya no existía. Por su discurso concluimos que esto había sucedido hacía ya tiempo en su época. Aunque adscribimos a Ptolemaide de Cirene a la escuela pitagórica, no que-

remos decir que fuera pitagórica del todo, sino sólo que la doctrina de los números que contempla seguía los principios pitagóricos.

¡He aquí!, Anne Lefebvre Dacier, la más docta, la más elocuente y la más culta de las mujeres, esto es lo que he extraído para vos de los libros de los antiguos sobre las mujeres filósofas. Pues la filosofía hay que degustarla y no devorarla, como decía aquél: hay que filosofar, si bien con pocas palabras. Espero que no os resulte desagradable a vos, la más amante de la historia de la filosofía, y la más conocedora, como lo atestiguan vuestras notas a los libros del emperador Marco Aurelio.[271] Ciertamente es lo que deseo.

Notas

1. En el original latino se lee: «Ad Annam Fabram Daceriam». Véase la mención a esta autora en nuestra introducción.

2. Sópatro de Apamea (siglo IV), filósofo griego, discípulo de Jámblico.

3. Focio (siglo IX), patriarca bizantino. Recopiló en su *Biblioteca* o *Myriobiblon* extractos de numerosas obras sagradas y profanas. De gran valor por su transmisión de textos antiguos, Ménage se sirvió abundantemente de esta obra.

4. Apolonio de Calcis (siglo II), preceptor de Marco Aurelio.

5. Suidas o Suda, léxico bizantino del siglo X. Sobre la aceptación de las dos formas (Suidas si se considera que se trata del nombre del autor; Suda si se refiere a la enciclopedia), véase la referencia en nuestra introducción.

6. Filocoro de Atenas (siglo IV a. C.).

7. Décimo Junio Juvenal (siglos I-II), Sátira VI, 434 y ss.

8. Dídimo (siglo I a. C.), sabio alejandrino que

compiló numerosas obras de eruditos que le precedieron.

9. Lucio Celio Firmiano Lactancio (siglos III-IV), *Divinae institutiones (Las instituciones divinas)*.

10. Gilles Ménage, *Réponse au Discours sur l'Heautontimorumenos de Terence*, obra publicada en 1640; reeditada en 1690.

11. Véase la mención en nuestra introducción.

12. Clemente de Alejandría (siglos II-III), *Stromata* [«Mosaico»; «Miscelánea»], I, XV.

13. Cirilo de Alejandría (siglos IV-V), *Contra Juliano* fue escrita para contrarrestar al emperador Juliano.

14. Véase Clemente de Alejandría, *Stromata*, I, XV.

15. Ateneo de Náucratis (*fl.* 200), *Deipnosophistai (El banquete de los eruditos)*, X, 448b.

16. Plutarco (*ca.* 45 – *ca.* 120), *Banquete de los siete sabios*, 154B.

17. En latín, Carolus Cato Curtius, erudito de la segunda mitad del siglo XVII.

18. Cratino (nacido a finales del siglo V a. C.), poeta cómico ateniense que, junto con Aristófanes y Eupolis, formó la tríada canónica de la comedia antigua.

19. Diógenes Laercio (siglo III), *De vita et moribus philosophorum (Vidas [y opiniones] de los filósofos ilustres)*, I, 89. Obra citada a partir de aquí como *Vidas*.

20. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, IV, 171b.

21. Pólux, Julio (siglo II), autor del *Onomasticon*, diccionario en diez volúmenes.

22. Clemente de Alejandría, *Stromata*, IV, XIX.

23. Plutarco, *Mulierum virtutes (Virtudes de mujeres)*.

24. Platón (427-347 a. C.), *Menéxeno*, 235e-237a.

25. Clemente de Alejandría, *Stromata*, IV, XIX.

26. Suidas, «Aspasia», en *Lexicon*.

27. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, V, 219c.

28. Nicodemus Frischlin (1547-1590), en *Nicodemi Frischlini Aristophanes, Veteris Comoediae Princeps: Poeta Longe facetissimus & eloquentissimus: Aristophanes, veteris comoediae princeps: poeta longe facetissimus & eloquentissimus*, 1586; o en *Aristophanus Komodiae Hendeka [...] [Cum Latina interpretatione Nicodemi Frischlini, Florentis Christiani et Andreae Divi]; Komodiai hendeka; Comoediae undecim; Cvm Schol iis Antiqvis*, 1607.

29. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, XIV, 646c.

30. Plutarco, «Pericles», 24, en *Vitae parallelae (Vidas paralelas)*.

31. En este punto Ménage omite algunas líneas muy despectivas para con Aspasia.

32. Plutarco, «Pericles», 32, en *Vidas paralelas*.

33. Antístenes (*ca*. 445 – *ca*. 365 a. C.), fundador de la escuela cínica.

34. Giovanni Canini (1617?-1666), *Iconografía: cioè disegni d'imagini de famosissimi monarchi, regi, filosofi, poeti ed oratori dell'antichità, cauati da Giouan Angelo Canini da frammenti de marmi antichi*, Roma, 1669.

35. Giovanni Pietro Bellori (1615-1696), *Veterum illustrium philosophorum poetarum rhetorum et oratorum imagines*, Roma, 1685.

36. Platón, *Banquete*, 201d y ss.

37. Máximo de Tiro (segunda mitad del siglo II), filósofo griego perteneciente al platonismo medio.

38. Luciano de Samosata (siglo II), *Pro imaginibus*.

39. Estobeo (siglo V) doxógrafo neoplatónico. Gracias a la *Anthologium (Antología)* de Estobeo se han podido recuperar importantes pasajes de filósofos presocráticos. El doxógrafo Aecio (siglo II) es considerado una de sus principales fuentes.

40. Valerio Máximo (siglo I a. C. – siglo I), *Hechos y dichos memorables*.

41. Plinio el Viejo (*ca*. 23-79), *Naturalis historia (Historia natural)*.

42. Pausanias (siglo II), *Graeciae descriptio (Descripción de Grecia)*, II, V, VI. Sobre las variaciones en los nombres, leemos en Pausanias: «Calipatira, que otros llaman Ferenice».

43. Diógenes Laercio, *Vidas*, I, 24, 68, 76, 90, 98; II, 24; III, 23; V, 36.

44. Aulo Gelio (siglo II), *Noctes Acticae (Noches áticas)*, XV, XVII y XXIII.

45. Focio, «Pánfila», en *Biblioteca*, sección 175. Véase asimismo «Sópatro», sección 161.

46. Johann Jonsius (1624-1659), *De scriptoribus historiae philosophicae*, Frankfurt, 1659.

47. Plutarco, *De liberis educandi (Sobre la educación de los hijos)*, 14B-C. Escribe Plutarco sobre Eurídice: «Siendo ya madre de hijos mayores, se esforzó en aprender / las letras que conservan la memoria», *ibid.*

48. Dión Casio (*ca*. 155 – *ca*. 229), historiador romano, su obra más importante es *Historiae romanae*.

49. Flavio Filóstrato (*ca.* 170-249), filósofo neopitagórico, autor de *Vitae sophistarum (Vidas de los sofistas)*.

50. Véase *Historiae augustae scriptores VI: Aelius Spartianus. Vulc. Gallicanus. Julius Capitolinus. Tre-*

bell. Pollio. Aelius Lampridius. Flavius Vopiscus. Cum integris Notis Isaaci Casauboni, Cl. Salmasii & Jani Gruteri… El nombre, *Historia Augusta*, procede de la edición crítica de Isaac Casaubon (1603), quien la realizó a partir de diversas variantes de textos manuscritos de las biografías de los emperadores romanos. Abarca el período comprendido entre los años 117 y 284 y se presenta como la unión de las obras de seis autores diferentes, escritas durante los reinados de Diocleciano y Constantino I. Claude Saumaise publicó de nuevo la obra, con notas adicionales, en 1620 y 1652. Las notas de ambos autores fueron incorporadas a una nueva edición que vio la luz en 1671.

51. Juan Tzetzes (*ca.* 1110 – *ca.* 1180), escritor y erudito bizantino. Es autor de las *Quiliadas*, obra en la que recoge anécdotas y citas de escritores antiguos.

52. Elio Espartiano (siglo IV), «Severus», en *Historia Augusta.*

53. *Id.*, «Antoninus Caracalla», en *ibid.*

54. Sexto Aurelio Víctor (siglo IV), historiador y político del Imperio romano, autor de una *Historia de Roma* desde Augusto a Juliano (360).

55. Flavio Eutropio (siglo IV), historiador romano, secretario del emperador Constantino. Escribió un *Breviarium ab urbe condita (Breviario)*.

56. Paulo Orosio (siglos IV-V), historiador y teólogo hispanorromano. Entre sus obras sobresale la *Historiae adversus paganos*. Conversó sobre temas teológicos con san Agustín e incluso pudo colaborar con él en la elaboración de *La ciudad de Dios.*

57. Opiano de Apamea, autor del poema *Cynegetica [De la caza]* finalizado *ca*. 215. Algunos historiadores atribuyen la autoría de dicho texto al escritor

griego Opiano (siglo II), quien escribió en griego el poema *Halieutica*.

58. Herodiano (*ca*. 170-240), funcionario romano, autor de una pintoresca *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*.

59. Flavio Filóstrato, *Vidas de los sofistas*.

60. Véase la nota 50.

61. Jean Tristan de Saint-Amant (1595-1656), *Commentaires historiques, contenants en abrégé les vies, éloges et censures des empereurs, impératrices, caesars et tyrans de l'Empire romain, jusques à Pertinax...*, París, 1635.

62. Ezechiel Spanheim (1629-1710), diplomático, jurista y teólogo alemán, autor de la *Dissertatio de praestantia et usu numismatum antiquorum*, Roma, 1664.

63. Jacob [o Jacques] Spon (1647-1685), *Miscellanea eruditae antiquitatis*, Frankfurt, 1679.

64. Jean Foy Vaillant (1632-1706), entre sus numerosísimas obras sobre numismática cabe destacar: *Numismata imperatorum Romanorum praestantiora, a Julio Caesare ad postumum et tyranos*, primera edición en París, 1642. Este libro fue reeditado en varias ocasiones durante la segunda mitad del siglo XVII.

65. Scipione Gentile (1563-1613), jurista italiano, hermano de Alberico, es el autor de *Parergorum ad Pandectas. Libri II (Originum liber singularis)*, Frankfurt, 1588.

66. Konrad Rittershausen (1560-1613), véase Opiano, *De Venatione libri III. De piscatu libri V [...] confectis studio & opera Conradi Rittershusii*, Lyon, 1597.

67. Gilles Ménage, *Juris civilis amoenitates*, París, 1664.

68. Julio Capitolino (siglo IV), historiador a quien se atribuye la biografía de Opilio Macrino en la *Historia Augusta*.

69. Charles Patin (1633-1694), *Introduction à l'histoire par la connaissance des medailles*, París, 1665.

70. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, XI, 490e.

71. Eustacio, patriarca de Tesalónica (siglo XII), *Commentarii ad Homeri Iliadem*. *Opera omnia*, *Patrologia Graeca* de Migne, vol. 117.

72. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, XI, 491a.

73. Eustacio, *Commentarii ad Homeri Iliadem*.

74. Eunapio de Sarpes (siglos IV-V), sofista e historiador griego, autor de un trabajo titulado *Vida de los sofistas* en el que se refiere por extenso a la «incomparable sabiduría» de Sosipatra.

75. Damascio de Damasco (siglo V), filósofo neoplatónico, autor de la *Vida de Isidoro*. Fr. en la *Biblioteca* de Focio, sección 181.

76. Jacques Gaffarel (1601-1681), *Curiositez inouyes, sur la sculpture talismanique des Persans. Horoscope des Patriarches, et lecture des estoilles*, 1637.

77. Sócrates escolástico (siglo V), historiador cristiano.

78. Evagrio escolástico (siglo V), *Historia eclesiástica*.

79. Nicéforo Calixto (siglo XIV), *Historia eclesiástica*.

80. Juan Zonaras (siglo XII), historiador bizantino. En su obra principal, *Epitome historiarum*, cuenta la historia del mundo desde su creación hasta 1118.

81. Sobre esta victoria, Eudocia compuso el poema *In Theodosium Persarum victorem*, al que se refiere Sócrates escolástico en su *Historia eclesiástica*.

82. Giglio Gregorio Giraldi (1479-1552), *Historiae poetarum Graecorum ac Latinorum*, Basilea, 1545.

83. Se trata de una paráfrasis en verso del Octateuco. Véase Focio, *Biblioteca*, sección 183.

84. Paráfrasis de los libros de Zacarías y Daniel, en fragmentos. Véase Focio, *Biblioteca*, sección 184 y Tzetzes, *Quiliadas*, 10. 65.

85. Sobre el poema del martirio de san Cipriano, véase Focio, *Biblioteca*, sección 184.

86. Simeón Metafrastes (siglo x), *Vitae Sanctorum*, *Patrologia Graeca*, vol. 116.

87. Jacques Sirmond (1559-1651), erudito y jesuita francés. Trasladado a Roma, se consagró al estudio de textos antiguos que fue descubriendo en las bibliotecas.

88. Cesare Baronio (1538-1607), historiador y cardenal italiano, su nombre está vinculado a la redacción de los primeros volúmenes de los *Anales eclesiásticos*.

89. Stephanus Le Moyne (1624-1689), *Varia sacra seu sylloge variorum opusculorum Graecorum ad rem ecclesiasticam spectantium*, 1685.

90. Eutimio Zigabeno (siglo XII; no XIV, como indica Ménage), teólogo bizantino, escribió un tratado contra los herejes y varios comentarios de los Salmos y los Evangelios.

91. Charles de Fresne, señor du Cange (1610-1688), más conocido simplemente como Du Cange. Historiador y glosógrafo francés autor del *Glossarium ad scriptores media & infimae Latinitatis*.

92. Gentian Hervet (1499-1584), Gentian Hervetus, teólogo y humanista francés. Tradujo al latín y al francés diversas obras de los padres griegos.

93. Jean-Baptiste Colbert (1619-1683), político y

bibliófilo francés. Ministro del rey de Francia Luis XIV, protegió las ciencias, las letras y las artes.

94. Jan Vermeulen, conocido como Molanus (1533-1585), teólogo y erudito belga. Profesor en la Universidad de Lovaina y autor de *Usuardi Martyrologium quo Romana Ecclesia ac permultae aliae utuntur: iussu Caroli Magni conscriptum […] Cum additionibus ex Martyrologijs…*

95. Eusèbe Renaudot (1646-1720), teólogo y orientalista francés.

96. Jorge Paquimeres (1242 – *ca*. 1310), escritor bizantino, autor de la obra *De Michaele et Andronico Palaeologis libri XIII*.

97. Nicetas Choniates (*ca*. 1155-1216), historiador bizantino.

98. Nicéforo Gregoras (1295-1359?), historiador bizantino y estudioso de astronomía, geometría y filosofía antiguas; autor de *Byzantinae Historiae Libri XXXVII*.

99. *Ibid*.

100. Domicio Ulpiano (170?-228), jurista romano, considerado como uno de los mayores jurisconsultos de la historia del Derecho.

101. Giovanni Andrea (*ca*. 1270-1348), profesor de derecho en las universidades de Padua, Pisa y Bolonia.

102. Christine de Pizan (1364-1430), nacida en Venecia, fue educada en la corte francesa. Casada a los quince años, tras enviudar, cuando contaba veinticinco, se dedicó a la literatura para alimentar a sus tres hijos. Poeta, historiadora y moralista, denunció la misoginia, habitual en su época, en especial entre los ambientes clericales. *La ciudad de las damas* (espléndida y bien organizada apología de las mujeres) fue

continuada por *El tesoro de la ciudad de las damas*. Autora de numerosas obras, fue la primera mujer en la historia que vivió de su trabajo como intelectual.

103. Claude Joly (1607-1700), canónigo, abogado y erudito francés. Director de pequeñas escuelas de gramática en París, es autor de la obra titulada *Avis chrétiens et moraux pour l'instruction des enfants,* 1675.

104. Baldo degli Ubaldo (1327-1400), jurista italiano. Autor de numerosos comentarios a las distintas partes del *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano y a los primeros tres libros de las *Decretales*.

105. Guido Panziroli [o Panciroli] (1523-1599), *De claris legum interpretibus*, Venecia, 1637.

106. Clement Marot (*ca*. 1495-1544), poeta francés cuya obra evolucionó, desde la disciplina de los *retóricos*, hacia un arte más personal que lo acercó al humanismo.

107. Antoine du Verdier (1544-1600), político y escritor francés, autor de *La bibliothèque*, Lyon, 1585.

108. Jean Mabillon (1632-1707), monje e historiador francés, autor de *Iter Italicum*, *Museum italicum, seu Collectio veterum scriptorum ex bibliothecis italicis, eruta a d. Johanne Mabillon, & d. Michaele Germain, Presbyteris et monachis Benedictinae Cong. S. Mauri*, 1687.

109. Franciscus Ambrosius editó las obras de Abelardo y Eloísa en 1616. Véase Franciscus Ambrosius, *Apologetica Praefatio pro Petro Abelardo*, *Patrologia Graeca*, vol. 178.

110. Diógenes Laercio, *Vidas*, III, 46. Laercio se refiere también a Lastenia en la vida de Espeusipo, IV, 2.

111. Temistio (*ca*. 317-387), comentarista de Platón y de Aristóteles que vivió en Roma y en Constantinopla.

112. Johann Jonsius, *De scriptoribus historiae philosophicae*.

113. Thomas Reinesius (1587-1667), *Variarum lectionum libri III priores in quibus de scriptoribus sacris et profanis classicis plerisque disseritur*, Altenburg, 1640.

114. Gilles Ménage, *In Diogenem Laertium observationes*, París, 1663.

115. Porfirio (*ca.* 232-304?), filósofo neoplatónico griego, discípulo de Plotino.

116. Eunapio de Sarpes (siglos IV-V).

117. Henry Savile (1549-1622), matemático inglés, fundador de las cátedras de geometría y de astronomía en Oxford.

118. Henri de Valois (1603-1694), erudito francés, gran conocedor de los autores clásicos. Se le deben numerosas ediciones de historiadores griegos con excelentes traducciones al latín.

119. Ismaël Bouillaud (1605-1694), astrónomo francés, autor de *Theonis Smyrnai Mathematica*, París, 1644, y de *Ptolomaei tractatus de judicandi facultate et animi principatu*, París, 1667.

120. Sócrates escolástico en su *Historia eclesiástica*.

121. Nicéforo Calixto (siglo XIV), *Historia eclesiástica*, *Patrologia Graeca*, vol. 146.

122. Filostorgio (*ca*. 368 – *ca*. 430), cronista de la época y seguidor del arrianismo, compiló una *Historia eclesiástica*.

123. Doctrina según la cual el Hijo es de la misma substancia que el Padre («homoousia», consubstancialidad).

124. Hesiquio de Mileto (siglos V-VI), historiador griego autor del *De viris illustribus*.

125. Sinesio de Cirene (*ca*. 370-413), filósofo neo-

platónico. Residió durante tres o cuatro años en Alejandría, emporio de la cultura, donde conoció a Hipatia, por quien profesó auténtica devoción, según reflejan las numerosas cartas que le dirigió. *Epistolae (Epistolario)*.

126. Gilles Ménage, *Juris civilis amoenitates*, París, 1664.

127. Se trata en realidad de la 124.

128. Diofanto de Alejandría (siglo III), matemático griego.

129. Apolonio de Perga (siglos III-II a. C.), matemático griego, llamado el Gran Geómetra, efectuó importantes contribuciones a la astronomía.

130. Étienne Baluze (1630-1718), historiador y jurista francés.

131. *Anthologia palatina*. Hugo Grotius [o Grocio] (1583-1645), jurista y poeta holandés.

132. Jacques Godefroy (1587-1652), jurista e historiador nacido en Ginebra, *Philostorgii Cappadocis Ecclesiasticae historiae libri XII,* Ginebra, 1642.

133. Claude Saumaise (1588-1653), humanista y filólogo francés conocido como «el príncipe de los comentadores», *De variis observationibus & emendationibus ad jus atticum et romanum pertinentibus* (1645).

134. Anna Maria van Schurman (1607-1678), nacida en Colonia, se trasladó siendo niña a Utrecht. Filósofa y teóloga, su saber fue reconocido por muchos de sus contemporáneos.

135. Dión Casio, *Historiae romanae*.

136. Mario Servio Honorato (finales siglo IV), gramático pagano, autor de un libro de comentarios sobre Virgilio, *Vergili carmina commentariorum*.

137. Publio Virgilio Marón (70-19 a. C.). Sobre el verso de Virgilio, véase *Eneida*, VI, 623.

138. Sebastian Corrado († 1556), *M. Tullii Ciceronis epistolarium libri XVI ad T. Pomponium Atticum*, Venecia, 1549.

139. Marco Fabio Quintiliano (siglo I), *Institutio oratoria*.

140. Décimo Máximo Ausonio (siglo IV), autor de *Cento nuptiali.*

141. Elie Vinet (1509-1587), *Ausonij Burdigalensis […] Opera, quæ adhuc in veteribus bibliothecis inueniri potuerunt, opera, ad haec, Symmachi, & Pontij Paulini littera ad Ausonium scriptæ: tum Ciceronis, Sulpiciæ […] emendata, commentariisque illustrata per Eliam Vinetum Santonem*, París, 1508.

142. Marco Fabio Quintiliano, *Institutio oratoria*.

143. Censorino (siglo III), gramático latino, autor de la obra *De die natale*, cuya primera parte analiza los aspectos antropológicos del nacimiento.

144. Marco Valerio Marcial (40-101/104), *Epigrammata (Epigramas).*

145. San Jerónimo (*ca*. 342-419), *Adversus Iovinianum*, *Patrologia Graeca*, vol. 23.

146. Marco Aurelio Antonino (121-180), una de las figuras más representativas de la filosofía estoica. *Ad se ipsum (Meditaciones)*, I, 3. Marco Aurelio dice haber aprendido también de su madre «la frugalidad en el régimen de vida».

147. *Ibid.*, I, 6.

148. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, XIII, 596e.

149. Diógenes Laercio, *Vidas*, II, 114.

150. Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.), *De fato*

(Del Hado; Del destino), V, 10.

151. Pierre Petit (1617-1687), *Cynogamia, sive de Cratetis et Hipparches amoribus*, París, 1676.

152. Diógenes Laercio, *Vidas*, VI, 96-98.

153. Démades (siglo IV a. C.), orador y político ateniense. La referencia se encuentra en Estobeo, *Antología*.

154. Antípatro de Sidón (siglo II a. C.), Epigrama 413, *Anthologia palatina.* Como en otros lugares de la obra, Ménage indica que cita la versión de Grotius.

155. Para seguir el despliegue histórico-bibliográfico con el que Ménage se refiere a las obras del filósofo neoplatónico Olimpiodoro de Alejandría (siglo VI), véanse las notas de Beatrice H. Zedler en Gilles Ménage, *The history of women philosophers*, Lanham – Nueva York – Londres, University Press of America, 1984, pág. 77, y de Alessia Parolotto en Gilles Ménage, *Storia delle donne filosofe*, Verona, Ombre Corte, 2005, págs. 97-98.

156. Dionisio Egeo (siglos III-II a. C.).

157. Johann Jonsius, *De scriptoribus historiae philosophicae*.

158. Dídimo Calcentero (siglos I-II), *Homerica*.

159. Clemente de Alejandría, *Stromata*, IV, XIX.

160. Pierre Gassendi (1592-1655), *De vita et moribus Epicuri*, *Opera omnia*, Lyon, 1658.

161. Diógenes Laercio, *Vidas*, X, 5, 25, 26.

162. Marco Tulio Cicerón, *In Calpurnium Pisonem (Discurso contra L. Calpurnio Pisón)*.

163. Lactancio, *Divinae institutiones* III, XXI, 15.

164. Diógenes Laercio, *Vidas*, X, 5.

165. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, XIII, 597a.

166. Gerhard Johann Vossius (1577-1649), erudito

y teólogo holandés, *De veterum poetarum temporibus libri duo qui sunt de poetis Graecis et Latinis.*

167. Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, ix, 7.

168. Marco Tulio Cicerón, *De natura deorum*, I, 93.

169. Plinio, *Historia natural*.

170. Marcial, *Epigramas,* 69.

171. Focio, «Sópatro», en *Biblioteca*, sección 161.

172. Publio Sirio (siglo i a. C.), esclavo liberado, conocido sobre todo por su colección de «sentencias», *Sententiae*.

173. Eusebio de Cesarea (siglos iii-iv), *Canon Chronicus*, *Patrologia Graeca*, vol. 19.

174. Julio Capitolino, *Marcus Aurelius Antoninus*, *Historia Augusta*.

175. Marco Aurelio, *Meditaciones*.

176. Julio Capitolino, *Antoninus Pius*, *Historia Augusta*.

177. Edward Pococke (1604-1691), orientalista inglés, *Specimen historiae arabum*, 1650.

178. Quinto Horacio Flaco (65-8 a. C.), *Epodon liber (Épodos)*. Ménage extrae esta referencia del escalofriante épodo viii del poeta latino.

179. Diógenes Laercio, *Vidas*, VIII, 37.

180. *Ibid.*, VIII, 8.

181. Tommaso Aldobrandini editó y tradujo las *Vidas [y opiniones] de los filósofos ilustres* de Laercio: *Laertiou Diogenous peri bion dogmaton kai apophthegmaton ton en philosophia eudokimesanton biblia I. Laertii Diogenis De Vitis dogmatis et apophtegmatis eourum qui in philosophia eclaruerunt; Libri X. Thoma Aldobrandino interprete, Cum Adnotationibus eiusdem*, Roma, 1594. El nombre del cardenal Pietro Aldobrandini (1571-1621), sobrino de Clemente VIII,

aparece en el prefacio. Esta edición se publicó de nuevo en 1663 en Londres, con el comentario de Gilles Ménage. Treinta años más tarde, en 1693, apareció en Amsterdam una edición griega y latina de Laercio con notas de Isaac Casaubon, Thomas Aldobriand y Mericus Casaubon, y con las observaciones de Ménage.

182. Porfirio, *Vita Pythagorae (Vida de Pitágoras)*.

183. *Ibid*.

184. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, XIII, 599a.

185. Diógenes Laercio, *Vidas*, VIII, 53-55.

186. *Ibid*.

187. Godfried Wendelin (1580-1667), astrónomo belga que en 1630 calculó la distancia entre la Tierra y el Sol usando el método de Aristarco de Samos. *De tetractii Pythagorae dissertatio*.

188. Esquines socrático (*ca*. 400 a. C.), filósofo ateniense que «no se apartó del lado de Sócrates», según Diógenes Laercio, *Vidas*, II, 60.

189. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, XIII, 220a.

190. Diógenes Laercio, *Vidas*, VIII, 43.

191. Michel de Montaigne (1533-1592), *Les Essais*.

192. Estobeo, *Antología*.

193. Julio Pólux, *Onomasticon*.

194. Henri Estienne (1528-1598), impresor francés, miembro de una familia de impresores célebres. En 1570 publicó una edición de las *Vidas* de Laercio en dos volúmenes.

195. Lucas Holstenius, nombre latinizado del humanista alemán Lukas Holste (1596-1661), incluyó dichas cartas en sus notas a la *Vida de Pitágoras*, Roma, 1630.

196. Libanio (*ca.* 314 – *ca.* 394), *Epistulae*.

197. George Buchanan (1506-1582), humanista escocés, debe su fama en particular a sus poemas en latín.

198. Teodoreto de Ciro (siglos IV-V), último teólogo destacado de la escuela de Antioquía. Es autor de *Graecarum affectionum curatio (La curación de las enfermedades paganas)*.

199. Clemente de Alejandría, *Stromata*, I, XVI. En realidad, Clemente no dice que Dídimo refiera que Teano fuera «la única mujer filósofa y que escribió poemas». En el texto leemos que fue «la primera mujer» que lo hizo.

200. Plutarco, *Coniugalia praecepta*.

201. Luciano de Samosata, *Pro imaginibus.*

202. Isaac Casaubon (1559-1614), *Laertiou Diogenous Peri bion dogmaton kai apophthegmaton ton en philosophia*.

203. Konrad Rittershausen, *Porfhyrius de vita Pythagorae cum notis Rittershusii*, 1610.

204. Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 55.

205. Estrabón (*ca*. 63 a. C. – *ca*. 23 a. C.), *Geographica*.

206. Aulo Gelio, *Noches áticas*, IV, XI, 1.

207. Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 4.

208. Timeo de Tauromenio (*ca*. 356 – *ca*. 260 a. C.), hijo de Andrómaco de Tauromenio. Su obra histórica, en 38 libros, comprendía todos los acontecimientos de Sicilia, en sus relaciones con África y el mundo griego.

209. Luciano de Samosata, *Muscae encomium*, 11.

210. Tácito (*ca*. 55 – *ca*. 120), *Annales,* XV, 62-63.

211. Henri Estienne, *Diogenous Laertiou Peri bion dogmaton kai apophthegmaton ton en philosophiai*

eudokimensaton biblia I. Diogenis Laertii De vitis dogmatis & apophthegmatis eorum qui in philosophia claruerunt libri 10. […] Cum annotationibus Henr. Stephani. Pythag. philosophorum fragmenta. Cum Latina interpretatione, Ginebra, 1570.

212. Jacques Cujas (1522-1590), jurista francés que llevó a cabo numerosos estudios sobre los jurisconsultos romanos y explicó el derecho justinianeo desde un punto de vista histórico.

213. Clemente de Alejandría, *Stromata*, IV, XIX.

214. Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 4.

215. Lisis (siglos IV/III/II a. C.), *Epistula ad Hipparcum*.

216. Diógenes Laercio, *Vidas*, VIII, 42.

217. Besarión (*ca*. 1403-1472), cardenal y humanista bizantino, *In calumniatorem Platonis libri quatuor […] Correctio librorum Platonis de Legibus Georgio Trapezuntio…* (1503).

218. Plutarco, *De genio Socratis*.

219. Gerhard Johann Vossius, *De philosophia et philosophorum sectis*, La Haya, 1657.

220. San Jerónimo (*ca*. 340-420), *Apologia adversus libros Rufini*, I.

221. Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 60-61.

222. San Ambrosio (*ca*. 340-397), obispo de Milán, autor del *De virginibus*.

223. Quinto Septimio Florente Tertuliano (*ca*. 160 – *ca*. 220), figura destacada en la Iglesia del norte de África. Entre sus escritos cabe destacar *Ad martyras*. Tertuliano relata la misma historia en *Apologeticum*, L.

224. Jámblico (siglos III-IV), *De vita Pythagorica (Vida pitagórica)*, XXXVI.

225. Focio, *Biblioteca*, sección 80.

226. Jámblico, *Vida pitagórica*, XXXVI.

227. Ocelo Lucano (siglo v? a. C.), *De universi natura*.

228. Jerome Commelin, eminente editor del siglo xvi.

229. Filón de Alejandría, también llamado Filón el Judío, *De aeternitati mundi*.

230. Luciano, maestro de la *antilogía*, del «pro» y el «contra», es autor del *Pro lapsu inter salutandum*. Dejo sin anotar la disquisición filológica de Ménage sobre el nombre «Ocelo», «Ocello», «Oicello», «Occello». Creo que las referencias menagianas son suficientes para aplicarlas, en su caso, a nuestra pitagórica Ocelo, al parecer, «hija de Ocelo de Lucania».

231. Jámblico, *Vida pitagórica*, XXXVI.

232. Siriano de Alejandría (siglo v), *In Aristotelis Metaphysica commentaria*.

233. Ludovico Nogarola (*ca*. 1509-1559), *Ocelli Lucani De vniversi natura libellus, Ludouico Nogarola com. Veronensi interprete […] eiusdem Nogarolae epistola super viris illustribus genere Italis, qui graece scripserunt*, Venecia, 1559.

234. Simplicio (siglo vi), *In Aristotelis categorias*. Filósofo y matemático bizantino, Simplicio fue un activo integrante de la escuela neoplatónica de Atenas hasta su disolución (529).

235. Arquitas de Tarento (siglos v-vi a. C.), *De universo*.

236. Timeo de Locri o Locris (siglo v), *De natura mundi et animae*.

237. Jámblico, *Vida pitagórica*, XXXVI.

238. *Ibid*.

239. Diógenes Laercio, *Vidas,* VIII, 84.

240. Estobeo, *Antología*.
241. Jámblico, *Vida pitagórica*, XXXVI.
242. *Ibid*.
243. Diógenes Laercio, *Vidas*, III, 8.
244. Aulo Gelio, *Noches áticas*, III, XVII, 1. De fortuna familiar modesta, escribe Gelio, Platón habría recibido esa cantidad de su amigo Dión de Siracusa.
245. Diógenes Laercio, *Vidas*, VIII, 85.
246. La anónima *Vita Pythagorae* fue recogida por Focio en la sección 249 de su *Biblioteca*.
247. Eusebio de Cesarea, *Canon chronicus*.
248. Jámblico, *Vida pitagórica*, XXXVI.
249. Thomas Stanley (1625-1678), *The history of philosophy: containing the lives, opinions, actions and discourses of the philosophers of every sect*. Publicada originalmente en tres volúmenes, entre 1655 y 1661, en 1662 apareció un cuarto volumen titulado *The history of Chaldaick philosophy*.
250. Jámblico, *Vida pitagórica*, XXXVI.
251. Diógenes Laercio, *Vidas*, VIII, 46.
252. Jámblico, *Vida pitagórica*, XXXVI.
253. *Ibid*.
254. *Ibid*. En otras versiones aparece como Teadusa.
255. Thomas Stanley, *The history of philosophy*. Stanley no cita a ninguna filósofa con un nombre parecido a «Nesteadusa». Menciona a «Pysirronde of Tarentum, Daughter of Nistiades»; véase Beatrice H. Zedler en Ménage, Gilles, *The history of women philosophers*, Lanham – Nueva York – Londres, University Press of America, 1984, pág. 88.
256. Jámblico, *Vida pitagórica*, XXXVI.
257. *Ibid*.
258. *Ibid*.

259. Ménage no menciona a Cratesíclea, que en la lista de Jámblico figura del modo siguiente: «Cratesíclea, laconia, mujer de Cléanoro de Lacedemonia».

260. Lucas Holstenius, *Notae et castigationes posthumae in Stephani Byzantii Ethnika*.

261. Véase Diógenes Laercio, *Vidas*, III, I. «Platón [...] hijo de Perictione —o de Potona—», se lee en el pasaje laerciano.

262. *Epistulae ad Crearetam*, de la que se conservan fragmentos.

263. Diógenes Laercio, *Vidas*, VI, 54.

264. Sinesio de Cirene, *Oratio de Regno*, *Patrologia Graeca*, vol. 66.

265. Plutarco, «Pericles», 26, en *Vidas paralelas*.

266. Heródoto (siglo v a. C.), *Euterpe*, *Historia*, II, cxxxiv-cxxxv.

267. Ateneo de Náucratis, *El banquete de los eruditos*, XIII, 596c.

268. Porfirio, *In Ptolomaei Harmonica*.

269. Moderato de Cádiz (siglo i) filósofo neopitagórico. Parece haber ejercido una gran influencia sobre Jámblico y Porfirio. Los escasos fragmentos que se conservan de su obra proceden de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio.

270. Plutarco, *Quaestiones convivales*.

271. Anne Lefebvre Dacier, *Reflexions morales de l'empereur Marc Antonin: avec des remarques et la vie de Marc-Aurèle, par M. et Mme. Dacier*, 1691.